

OLIVIA KISS

Besos #1

*La  
promesa  
de un beso*



# **La promesa de un beso**

Besos #1

# 1

Katie vislumbró a lo lejos la vieja propiedad que, tiempo atrás, había sido la casa de invitados y, ahora, era todo lo que le quedaba. Tomó una bocanada de aire al distinguir entre las sombras de la noche el abandono que podía respirarse tras cada tabla de madera. Olía a humedad y los escalones del porche crujieron bajo los únicos zapatos de tacón que había conseguido salvar. Encajó la llave en la cerradura, entró en la casa y encendió la luz. Por suerte, todavía no habían cortado el suministro eléctrico, aunque lo harían en cuanto se diesen cuenta de que ella no podía pagar las facturas.

El silencio se coló en la estancia y Katie se quedó muy quieta mirando a su alrededor. ¿Quién le iba a decir que terminaría volviendo a Sound River? ¿Quién se imaginaría que la guapa, radiante y ocurrente Katie acabaría siendo una fracasada? Ella no, desde luego. Ella había estado convencida de que triunfaría y de que su rostro ocuparía todas las portadas de las revistas del país; pero la nube en la que se subió a los diecinueve años se había convertido en una tormenta catastrófica y ahora estaba allí, sola, con menos de cien dólares en el bolsillo, el orgullo herido y el estómago rugiendo de hambre.

Estaba agotada después del largo viaje, así que cogió una manta llena de polvo que había en un armario y se acurrucó en el sofá del diminuto salón. Imaginó lo que diría la gente de Sound River en cuanto descubriesen que ella había vuelto a ese pueblo que despreció en el pasado, ese que no había vuelto a pisar desde hacía casi ocho años. Seguro que hablarían por lo bajo y se fijarían en su aspecto cansado, en las ojeras que surcaban sus ojos y en el brillo que había desaparecido de su mirada azulada.

Sollozó, cobijada bajo el calor de la manta, y deseó con todas sus fuerzas que Amber, Hollie y James ya no estuviesen allí, porque le resultaba insoportable la idea de cruzarse con ellos y ver el desprecio en sus ojos. Aquellas que habían sido sus mejores amigas, fieles y leales, y que ella había dejado atrás con tanta facilidad. Y él... James, el chico con el que todas deseaban salir, el chico que conseguía que todo el mundo se girase cuando caminaba por las calles del pueblo con su brillante sonrisa. El chico al que, al final, ella le había roto el corazón largándose sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, Katie inspeccionó la casa más a fondo.

Tal como había previsto, necesitaba muchos arreglos antes de poder considerarse un hogar, pero era todo lo que tenía y, tras meses de dificultad, aquello parecía mejor que nada. Tenía dos habitaciones, un baño de espacio reducido y una cocina que se comunicaba con el salón a través de una barra de madera.

Era la herencia que su padre le había dejado unos años atrás, cuando murió a causa de un ataque cardiaco, junto a un poco de dinero que Katie se fundió en poco tiempo. Ni siquiera había acudido al funeral, aunque era cierto que jamás había tenido una relación estrecha con su padre, un hombre que se había pasado la vida más preocupado por comprar la siguiente botella de alcohol que por cuidar de su única hija.

De su madre, en cambio, apenas guardaba ningún recuerdo. Ella había fallecido por culpa del cáncer cuando Katie apenas tenía tres años de edad. Así que se había criado con un hombre que vivía anclado en el pasado, echando de menos a la mujer que había perdido y culpando a Katie por tener sus mismos ojos claros, su mismo cabello rubio y su mismo rostro de forma ovalada. Quizá por eso, por su desprecio constante, ella se había cobijado en sus amigos, en los hermanos Faith, Amber y James, y en la adorable Hollie Stinger, una niña de redondas gafas y baja autoestima que siempre estaba dispuesta a tenderle un brazo a los demás, a pesar de todas las burlas que había recibido de pequeña.

Amber y James eran hermanos mellizos y vivían en la propiedad contigua a la casa de Katie. De hecho, ahora, esa propiedad era de ellos, pues el padre de Katie se la había vendido años atrás, antes de morir, quedándose tan solo con la casa de invitados para vivir, en el extremo de las inmensas hectáreas del rancho de los Faith.

Desde pequeña, Amber y ella habían sido inseparables. Jugaban juntas todos los días y no había secretos entre ellas. Con el tiempo, James dejó de meterse con ambas y de intentar hacerlas enfadar rompiéndoles sus juguetes y terminó pasando a convertirse en ese chico de sonrisa ladeada que estaba dispuesto a protegerlas de todo y de todos. Y conforme los años fueron quedando atrás, él y Katie se enamoraron.

Katie nunca supo cuándo ocurrió, si fue algo que siempre había sentido, aunque el sentimiento estuviese dormido en su interior o si pasó de la noche a la mañana, conforme James comenzó a despertar miradas de adoración entre las demás chicas y ella notaba un nudo en el estómago cada vez que él les sonreía, pero, al final, no logró esconder lo evidente: que estaba enamorada de James Faith.

Sacudió la cabeza cuando el recuerdo de aquellos años pasados se apoderó de sus pensamientos y

emitió un suspiro cansado. Tras intentar maquillarse lo mejor posible para esconder la apatía que reflejaba su mirada, Katie se armó de valor, a sabiendas de que pronto los chismes sobre su regreso empezarían a correr por el pueblo, y decidió que había llegado la hora de acercarse al centro para comprar algo de comida antes de decidir qué era lo que iba a hacer, porque, ahora mismo, no tenía ningún plan, vivía sobre la marcha.

## 2

James Faith se terminó el café, solo y sin azúcar, de un solo trago antes de ponerse en pie y despedirse del dueño del bar en el que desayunaba casi todas las mañanas. Salió del local y frunció el ceño ante el viento algo fresco que aún soplaba en primavera, a pesar de que pronto llegaría el calor. Caminó a paso rápido por una de las anchas aceras, dejando atrás los pequeños comercios del centro del pueblo y saludando con un gesto rápido a cada persona conocida que se cruzaba en su camino, pero evitando parar para hablar con ellos. No tenía tiempo que perder. El ganado pronto estaría listo para su venta y ahora que se había quedado sin uno de los mozos de las cuadras, debía hacer el doble de trabajo hasta que encontrase a alguien que pudiese manejarse bien con los caballos.

Pero entonces lo escuchó. Un nombre. Su nombre.

La señora Ruberson estaba hablando en susurros con la dueña de la única peluquería que había en el pueblo, justo en el portal de la misma. *“Katie Wilson ha vuelto, la vieron ayer conduciendo un coche destartado”*. Y sintió que se quedaba sin aire.

No podía creer que Katie hubiese vuelto.

Katie, la única chica a la que se había permitido querer y a la que se lo dio todo antes de que ella se marchase como alma que lleva el diablo en cuanto un cazatalentos le aseguró que la haría famosa si se iba con él a Nueva York dejándolo todo atrás. Y ella lo hizo. Que el supiese, hasta ese momento nunca se había planteado ser modelo ni le gustaba especialmente el mundo de la moda, pero lo hizo. Se marchó sin dudar. A él, al menos, le había dejado una nota diciéndole que lo sentía y que, ojalá, algún día fuese capaz de entenderla y perdonarla. A Hollie y a Amber, su hermana melliza, ni siquiera les había dicho adiós. Así que la chica que ocupaba sus corazones desde niños se había convertido de la noche a la mañana en una desconocida.

Y según los rumores, ahora había regresado.

¿Qué la traía de nuevo a Sound River?

James montó en su vieja camioneta y condujo a más velocidad de la recomendada por las calles del pueblo hacia el rancho en el que vivía a las afueras. Aunque odiaba hacerlo, no podía dejar de pensar en

Katie, en el brillo que siempre destacaba en sus ojos y en esa sonrisa inmensa que le ocupaba todo el rostro y que la hacía parecer una actriz de Hollywood. Negó con la cabeza, consternado, y aferró el volante con más fuerza mientras dejaba atrás su propiedad y avanzaba por el sendero terroso que conducía a la casa de invitados de los Wilson. Paró antes de llegar, a bastante distancia, en cuanto, efectivamente, distinguió aparcado al lado un coche que estaba casi en las últimas y vio que una de las ventanas estaba abierta de par en par. Había vuelto. Era cierto.

Dio marcha atrás y regresó al rancho.

Una vez allí, caminó con gesto serio por el camino de la entrada y escuchó con atención cuando uno de los trabajadores fue a decirle que el veterinario se pasaría por allí el martes de la próxima semana. James asintió con la cabeza, pero en vez de acercarse a las cuadras como todos los días, se dirigió al interior de la casa y subió a la segunda planta. Allí, en el despacho que ambos ocupaban, estaba Amber, que era la que se encargaba de las cuentas del negocio y de las tareas administrativas. Levantó la cabeza y sonrió al ver a su hermano, pero rápidamente el gesto desapareció de su rostro al ver su semblante serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Ha vuelto. Katie ha vuelto.

Amber inspiró hondo y arrugó la nariz.

—No lo dices en serio...

—Está en la casa de invitado. Compruébalo tú misma, si quieres —gruñó.

—¡No la pagues conmigo! ¡Yo no tengo la culpa de que esté aquí!

James frunció el ceño con gesto de cabreo al darse cuenta del tono de voz que había usado al dirigirse a su hermana. Después, antes de tener la oportunidad de decir nada más, salió del despacho a toda prisa y se dirigió a las cuadras. Decidió montar a Azriel, el macho que él solía usar, y cabalgó durante el resto de la mañana alejándose de allí, maldiciendo a la chica que había puesto su mundo patas arriba de nuevo. Deseó que volviese a marcharse, que, al despertar, ella hubiese abandonado la propiedad.

Y no solo por él. También por Hollie, que seguía siendo una chica demasiado sensible para hacer frente a situaciones dolorosas, y por Amber, que había sido la mejor amiga de Katie y que se había quedado sin ella de la noche a la mañana sin una explicación.

James tiró de las riendas del caballo y lo obligó a avanzar más despacio cuando llegó junto al río que justificaba el nombre del pueblo. Tragó saliva mientras sus ojos se perdían en la orilla y en el agua que

fluía entre las rocas porosas antes de deslizarse colina abajo.

Años atrás, allí, bajo los árboles y el sol veraniego del atardecer, él le había hecho el amor a Katie después de que ambos se diesen un baño y jugaran en el agua como dos chiquillos, que es lo que eran en el fondo por aquella época. Él aún podía recordar el tacto suave de su piel y cómo los dos se buscaban y se acariciaban como si no existiese nada más allá de aquel pequeño lugar cubierto de hierba sobre el que se perdían entre besos. Y en uno de esos besos largos y profundos, él le había prometido que estarían siempre juntos, que sería el único hombre que la haría sentir así, amada y preciosa. Ella le había sonreído hasta derretirle el corazón antes de sellar esa promesa susurrada con otro beso.



### 3

Tras darse una ducha con agua fría, Katie se había pasado los siguientes dos días encerrada en la casa, con las ventanas abiertas de par en par y limpiando sin parar. Poco a poco, el polvo había ido desapareciendo y apenas quedaba suciedad en la vieja propiedad. Ella sabía que todavía quedaba mucho por hacer, empezando por pintar las paredes y barnizar la madera, pero no tenía dinero para comprar ni pintura ni barniz. En realidad, le quedaba muy poco dinero, así que durante la única escapada que había hecho al pueblo se había limitado a comprar pan y un poco de queso, café y leche. La mujer de la panadería la había reconocido al instante, algo que ella notó en cuanto vio su rostro colorado y sus labios prietos en una firme mueca de disgusto.

Por desgracia, sus provisiones se estaban acabando y pronto tendría que regresar a comprar algo más. Además, a pesar de lo tentadora que sonaba la idea de recluirse en aquella casa para evitar enfrentarse a los viejos fantasmas del pasado, debía idear un plan si quería sobrevivir. Pero... ¿cómo? Esa propiedad era lo único que tenía y lo que la ataba a aquel pueblo, lo que, en resumen, le dejaba como opción trabajar allí. ¿Y quién iba a querer darle trabajo a Katie Wilson, la chica que había despreciado aquel lugar y se había marchado a la gran ciudad sin mirar atrás? Todos la juzgaban por ello y Katie podía entenderlo porque era consciente de sus errores. Aun así, sabía que su única opción era ir de un comercio a otro suplicando, rogando y haciendo lo que fuese necesario para conseguir que le diesen un empleo. Estaba desesperada.

Así que, el sábado, tras tres días escondida, se armó de valor, subió en su coche y se dirigió hacia el pueblo vestida con un atuendo sencillo pero vistoso; unos pantalones vaqueros que se pegaban a sus piernas como una segunda piel, un suéter fino de color amarillo y unas botas oscuras con un poco de tacón. Llevaba el cabello rubio y largo suelto y un poco de rímel y de colorete en las mejillas.

Tras mucho pensarlo, decidió parar en primer lugar en la gasolinera, pero, tal como esperaba, allí no había trabajo para ella (o eso dijo el chico de aspecto hosco que la atendió). La segunda parada fue en el supermercado porque pensó que, quizá, allí sería más fácil encontrar una oportunidad. Gran error. La supervisora era Diane Righthon, una buena amiga de los Faith, que la recibió con una mueca burlona tras

echarle un vistazo desde los pies a la cabeza y chasquear la lengua.

—Vaya, vaya, la chica bonita ha vuelto... —dijo.

Katie se esforzó por seguir sonriendo.

—Así es. Y estoy buscando trabajo...

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—¿Eso significa que tienes un puesto para mí?

—No. Significa que quiero saber cuándo volverás a largarte corriendo como si los habitantes de Sound Riveruviésemos la peste.

Ella intentó mantener la calma, pero el corazón empezó a latirle con fuerza ante el contundente tono de las palabras de Diane y, antes de que tuviese tiempo para pensar en lo que estaba haciendo, se dio la vuelta y salió del supermercado a toda prisa. Le escocían los ojos, pero logró contener las lágrimas al meterse en el coche y apoyar la frente en el volante. Cuando advirtió que unas señoras la miraban de reojo mientras hablaban entre ellas, irguió la espalda, sacando a relucir un orgullo que en realidad no sentía, y arrancó el motor del coche con el que siguió avanzando calle abajo.

Durante las siguientes horas, pidió trabajo en la peluquería, en una tienda de objetos de segunda mano, en la consulta del dentista como chica de la limpieza y en la carnicería, pero solo recibió negativas y miradas de reproche. Cuando aparcó enfrente de uno de los bares más concurridos del pueblo, se debatía entre entrar a solicitar un empleo o pedir una copa de algo que llevase el alcohol suficiente como para conseguir olvidarse de todo; finalmente, ganó el sentido común y la primera opción.

El sitio estaba lleno de gente porque ya era la hora de la comida, así que Katie sorteó algunas mesas para llegar a la barra y preguntar por la persona que estaba al mando. Una joven de mirada amable, algo poco usual en Sound River por lo que había podido comprobar, le dijo que su jefe no estaba, pero que si esperaba un minuto a que saliese su encargado podía hablar con él. Así que, al final, Katie se animó a pedir esa copa que tanto necesitaba tras la decepcionante mañana y se sentó en uno de los taburetes.

—¿Un mal día? —preguntó una voz ronca a su espalda.

No le hizo falta girarse para distinguir el timbre que acompaña a esas palabras. Katie cerró los ojos y cogió aire antes de ser capaz de volver a abrirlos. Le costó un mundo hacerlo, pero al final desvió la mirada hacia la derecha, justo hacia el lugar en el que él acababa de sentarse a su lado, con los brazos apoyados despreocupadamente sobre la barra de madera del local y el cuerpo relajado, sin tensiones, como si aquel encuentro no lo alterase en absoluto. James le sonrió, pero no era como esas sonrisas que

él solía dedicarle años atrás, no; aquella sonrisa era fría y estaba vacía.

—Podría decirse que sí —respondió ella cuando reunió el valor para que le saliesen las palabras. Él la miró de nuevo sin mucho interés y luego le pidió algo de beber a la chica que estaba tras la barra—. Tienes... tienes buen aspecto...

Ella sabía que aquello estaba fuera de lugar y que, después de largarse sin una explicación y regresar ocho años después, esa frase sonaba ridícula, pero estaba tan nerviosa que no era capaz de decir nada más. Sin que él lo viese, en el regazo, se limpió el sudor de las palmas de las manos con una servilleta. Por suerte o por desgracia, antes de que pudiese añadir algo más, el encargado del bar salió a recibirla.

—Me han dicho que querías verme.

—Sí, gracias por atenderme. —Le sonrió—. Me llamo Katie, estoy buscando trabajo y me preguntaba si aquí necesitaríais a alguien, aunque sea de manera puntual o...

—Lo siento mucho —la cortó él—, pero ahora mismo tenemos suficiente personal. De todas formas, si nos dejas tu teléfono, podemos llamarte dentro de unos meses, en verano casi siempre contratamos a alguien de refuerzo.

—De acuerdo. Si tienes un bolígrafo a mano...

No hizo falta que ella terminase la frase antes de que el chico se lo diese junto a una tarjeta en la que apuntar su nombre y su número de teléfono. Se lo tendió con una sonrisa, a pesar de lo desdichada que se sentía en esos momentos, y una vez él desapareció, volvió a notar los nervios en el estómago. Fijó la mirada en la copa que había pedido, incapaz de enfrentarse al chico que tenía sentado al lado por muchas razones. La primera de ellas, que él seguía teniendo un aspecto que la hacía desear darle toda su ropa sin dudar; los ojos negros y penetrantes como dos dagas afiladas, la sonrisa irónica y el cabello castaño y despeinado en el que ella había hundido los dedos tantas veces. Y en segundo lugar, porque sabía que si lo hacía, si lo miraba, su pequeño mundo se derrumbaría como si fuese de papel y ella se echaría a llorar ahí mismo, como una niña pequeña arrepentida por todos los errores que había cometido en su vida.

—Así que... buscas trabajo —dijo él secamente.

—*Necesito* trabajo —matizó ella.

Algo brilló en los ojos oscuros de James.

—Entonces, piensas quedarte un tiempo.

—Sí, de momento ese es el plan —contestó, aunque, en realidad, iba un poco sobre la marcha y ni siquiera sabía qué haría al día siguiente.

—¿Y hasta qué punto necesitas ese trabajo?

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Sigues cabalgando?

—Hace mucho que no lo hago.

—¿Pero todavía lo recuerdas?

—Claro que sí. Forma... forma parte de mí —admitió, porque recordó las noches que había llorado en Nueva York echando de menos esa sensación de libertad que solo podía conseguirse a lomos de un caballo—. No es fácil olvidarlo.

James se giró levemente y sus rodillas se rozaron. Ella cerró los ojos en respuesta al escalofrío que trepó por su pierna y cuando los abrió hizo un esfuerzo para no apartar la mirada de su rostro. Era tal y como lo recordaba, pero más adulto, con la línea de la mandíbula más marcada y los gestos más contenidos y fríos. Tan guapo... Tan inteligente y divertido... Había sido suyo y ella lo había dejado atrás sin pestañear.

—Tengo un puesto libre.

—¿Es esto una especie de broma? —replicó.

—Algo así, sí. —Él ladeó la cabeza—. Si quieres lo tomas o, si no, lo dejas.

Antes de que ella pudiese responder, él vació su copa de un trago y se levantó tras dejar un billete de diez dólares sobre la barra. Todavía bloqueada y sin dar crédito a sus palabras, Katie se apresuró a darse la vuelta.

—¡Espera! —gritó—. ¿Dónde está el truco?

—El truco es que tendrás que trabajar.

Ella se mordió el labio inferior.

—Está bien. Lo acepto.

James llegó al rancho familiar todavía con el corazón latiéndole atropellado. Verla ahí, de repente y sin esperarlo, lo había dejado sin aire. Todo el odio que había acumulado durante aquellos años se había agitado en su interior y tuvo que aferrarse a su autocontrol para mantener la calma y fingir sentirse despreocupado cuando, en realidad, lo único que sentía al mirarla era rencor. Katie seguía teniendo ese atractivo natural que acaparaba la atención, pero James pronto se fijó también en sus ojos carentes de brillo, en el rostro cansado y la sonrisa temblorosa. De no haber sido porque sabía que ella solo se preocupaba por su propio ombligo, hubiese pensado que era infeliz.

Entró en el despacho buscando a su hermana.

—Amber, ¿puedes preparar un contrato de trabajo para mañana? —preguntó.

—¿Quién es el afortunado? ¿Ya tienes mozo de cuerdas?

—Afortunada —señaló—. Y de momento, he pensado que le vendrá bien ocuparse de algunas tareas que tenemos pendientes desde hace algún tiempo. El contrato es a nombre de Katie Wilson.

Su hermana se levantó de la silla.

—¿Te has vuelto completamente loco?

—Hazme caso. Confía en mí.

—¡De ninguna manera! No la quiero aquí. No pienso pasar por el mal trago de verla todos los días, me da igual lo que sea que se te pase por la cabeza...

Él suspiró con impaciencia y, tras ese gesto, su hermana vio algo en él que le hizo aflojar las riendas. Siempre había existido una conexión especial entre ellos y, a pesar de que ninguno de los dos era muy dado a hablar de sus sentimientos en voz alta ni a compartir sus penas, ella podía intuir e imaginarse cómo se había sentido James, el chico más popular del pueblo, cuando Katie desapareció y lo dejó atrás como si no valiese nada y solo fuese una mota de polvo en sus relucientes zapatos. Desde ese día, James se había vuelto un hombre más arisco y reservado de lo que ya había sido siempre; nunca había tenido otra relación larga, más allá de ligues esporádicos de una noche que no conducían a ninguna parte, y también era más desconfiado y poco dado a dar su brazo a torcer.

Ella estaba enfadada con Katie por lo que le hizo, por marcharse como si una amistad como la suya no valiese nada, pero todavía más por lo que le había hecho a su hermano y lo mucho que él había cambiado desde entonces.

Con ese pensamiento en la cabeza, Amber se tranquilizó y buscó algo entre los papeles de su escritorio antes de dirigirle una sonrisa inquieta a James.

—Está bien, lo haré si es lo que quieres.

Hubo un brillo en sus ojos negros.

—Gracias. Te prometo que merecerá la pena.

A la mañana siguiente, Katie apareció frente al rancho. Él bajó a recibirla con una sonrisa falsa cruzándole el rostro y le tendió la mano tras darle la bienvenida. Cuando sus dedos se rozaron, sintió el leve chisporroteo que parecía crearse al tocarla, pero lo ignoró y se apresuró a pedirle que la acompañase a las cuadras.

Ese día, Owen y George, dos de sus más fieles trabajadores, se habían encargado de sacar a los caballos y trasladarlos a otra zona del rancho. Las cuadras estaban vacías y el silencio espeso se filtraba entre las paredes del lugar. James, evitando fijarse en cómo los vaqueros viejos y desgastados se ceñían a sus largas piernas, señaló el suelo de la cuadra y las herramientas que estaban apoyadas a un lado.

—¿Ves todo esto? —preguntó divertido.

—Sí —respondió ella en un susurro.

Apenas parecía atreverse a hablarle o mirarlo.

—Vale. Pues límpialo.

James esperó a que ella saltase y protestase, porque hasta donde él recordaba Katie siempre había sido una chica algo caprichosa y poco dada a seguir las órdenes de nadie. Sin embargo, no lo hizo. Asintió con la cabeza en un gesto casi imperceptible y dio un paso al frente para coger los guantes y ponérselos. James se quedó allí, en el umbral de la puerta, observando cómo ella se agachaba y empezaba a recoger la mierda de los caballos. *“Debería haber sido reconfortante”*, pensó. *“Debería hacerme sentir mejor”*. Frunció el ceño cuando ninguna de esas sensaciones lo acompañó mientras la veía realizar todas aquellas tareas. Cabreado, se dio la vuelta tras mascullar:

—Espero que quede reluciente.

No obtuvo respuesta. Si Katie se daba cuenta de que eso era una especie de venganza personal, su rostro no lo reflejó. Ella siguió allí, trabajando con la cabeza gacha, y James se marchó con grandes zancadas. Aunque no era algo de lo que solía ocuparse, cogió sus herramientas y se dirigió hacia un extremo de la propiedad para arreglar una de las vallas que estaba rota. Se pasó la mañana golpeando con fuerza, clavando las estacas de madera en la tierra húmeda y deseando que el esfuerzo disipase el dolor que sentía en el pecho cada vez que pensaba en ella. ¿Cómo era posible que una sola persona marcara de esa manera? Quizá porque ella había sido una constante en su vida; la niña de mirada brillante y sonrisa bonita, pero que también tenía un temperamento explosivo, una de esas personalidades que se hacen más fuertes cuando crecen entre ruinas, con una infancia desdichada. Y después, de mayor, había sido alegre y muy divertida, siempre dispuesta a bromear con él, a seducirlo, a jugar como si nunca hubiese dejado de ser esa cría pequeña que él conoció. Luego, nada. Solo vacío. Solo una nota de despedida.

Nunca había trabajado tanto.

Cuando se levantó el jueves por la mañana era su cuarto día de trabajo y las piernas comenzaron a temblarle en cuanto tocó el suelo de madera. Al igual que los brazos, las tenía doloridas y las agujetas no parecían dispuestas a marcharse. Katie extendió las manos frente a ella tras lavarse la cara en el baño y se dio cuenta de que tenía las uñas rotas y las palmas de la mano enrojecidas a causa del esfuerzo del día anterior arrancando malas hierbas hasta bien entrado el atardecer. Y a pesar del cansancio, del dolor y la humillación, no recordaba la última vez que se había sentido tan bien.

Puede que James pensase que aquello era una venganza, pero, en realidad, se trataba de una bendición. Katie sabía que era un castigo, aunque fuese a cobrar a final de mes, cosa que le estaba dificultando mucho la vida a la hora de racionarse el poco dinero que le quedaba para comer; pero, además, trabajar en el rancho de los Faith era liberador, como si así pudiese pagar por lo que les había hecho a los dos hermanos o fuese una forma de redimirse, aunque la mirada oscura y enfadada de James no parecía pensar lo mismo.

Lo había visto en contadas ocasiones durante aquellos días y en cada una de las veces él tan solo se había acercado a ella para ladrarle alguna orden como *limpia el barro y los servicios, sácale brillo a las herramientas, quita las malas hierbas* o tareas del estilo. Y después le dirigía una mirada de desdén y se marchaba por donde había venido como si ella no significase nada para él, algo que, probablemente, así era.

En cambio, de Amber no había sabido nada durante todo aquel tiempo y le dio demasiado miedo preguntar por ella como para hacerlo, a pesar de la curiosidad que le quemaba en la punta de la lengua. Lo más seguro era que siguiese viviendo allí, en el mismo rancho, pero que, fiel a su estilo, prefiriese evitar cruzarse con ella. Amber siempre había sido poco dada a prestarle atención a las cosas que dejaban de ser importantes para ella. Katie aún recordaba la facilidad que ella tenía para aburrirse y el pasotismo que se adueñaba de su amiga en cuanto algo carecía de su interés.

Dejó de pensar en ella cuando retomó el trabajo que el día anterior había dejado a medias y comenzó a



arrancar las malas hierbas. Probablemente, si James se empeñaba en que siguiese ocupándose de tareas del estilo, allí tendría un empleo hasta el fin de sus días. Suspiró hondo, con las manos ardiéndole. Los guantes que tenía eran demasiado gruesos para que pudiese manejarse bien con ellos, así que había optado por la opción más práctica: prescindir de guantes, a pesar de que eso le hiciese apretar los dientes cada vez que se le clavaba el tallo grueso y arraigado en la tierra. El sol de la primavera relucía en lo alto del cielo, redondo y brillante, y Katie se secó el sudor de la frente con el brazo. No escuchó a nadie llegar tras ella hasta que las pisadas ya estaban a menos de un metro de distancia. Se giró y se llevó una mano a la frente para ver mejor.

Amber estaba allí. Tenía el cabello castaño recogido en una coleta alta y la mirada esquiva. No hubo ningún gesto de reconocimiento mientras Katie se ponía en pie y se sacudía la tierra de los pantalones.

—Hola, Amber, hacía tiempo que quería...

—Necesito tu número de identificación —la cortó.

Así que por eso estaba allí, por el contrato.

—Puedo pasarme por el despacho ahora luego, si lo prefieres.

Dubitativa, Amber terminó asintiendo con la cabeza.

—Está bien, ven cuando hayas terminado con esto.

—De acuerdo, no tardaré —aseguró Katie.

Cuando la otra se marchó, masculló una maldición por lo bajo, decepcionada consigo misma por haberse acobardado y no haber sido capaz de pedirle perdón por todo el daño que la había hecho al marcharse de Sound River. Habían pasado muchos momentos juntas, tantos que, a veces, Katie se había preguntado dónde empezaba ella y dónde terminaba Amber, porque eran como uña y carne. Siempre se habían llevado muy bien con Hollie, la chica tímida y dulce en la que se podía confiar a ciegas, pero ellas se conocían desde muy pequeñas y eran vecinas, lo que quizá explicaba esa conexión especial que las había unido un poco más.

—Toma, usa estos —espetó de repente la voz de Amber mientras unos guantes más finos y elásticos caían sobre la hierba, frente a sus ojos.

Katie alzó la mirada hacia ella. Le costó no titubear.

—Gra-gracias...

—No me las des.

Dicho aquello, volvió a desaparecer por el sendero de arenilla que conducía hacia la enorme casa.

Katie sonrió y se puso los guantes antes de seguir arrancando manojos de malas hierbas y dejarlos en la carretilla que tenía al lado. Poco después, cuando el sol comenzó a descender por el horizonte, dejó las herramientas en el lugar adecuado y se dirigió hacia la casa con el corazón encogido por si James estaba por ahí. Las pocas veces que lo había visto, había sentido que se quedaba sin aire y no le gustaba esa sensación que le oprimía el pecho y la ahogaba. Avanzó por la entrada y subió las escaleras hasta el despacho. Amber estaba allí, con las gafas puestas que solo usaba para leer y la cabeza inclinada sobre el montón de papeles que había en su escritorio.

—Ya he hecho todos los trámites. —Dejó frente a ella el contrato y le dio un bolígrafo—. Es temporal, claro, pero incluye un seguro médico.

Katie asintió y lo firmó sin dudar.

Luego se lo devolvió, con las manos temblorosas.

—Yo quería decirte que... lo siento...

—No tienes nada por lo que disculparte.

—Amber, lamento lo que ocurrió —repitió, esta vez con la voz más clara—. Sé que te hice daño y... lo siento. Si pudiese volver atrás, todo sería diferente.

—Te avisaré si necesito algo más.

Katie respiró profundamente al distinguir la mirada fría de esa chica que había sido su mejor amiga. Al menos, había hecho lo correcto, disculparse con ella. Salió del despacho con la cabeza gacha y se dirigió a la casa de invitados en su viejo coche, que en breve se quedaría sin gasolina y la dejaría tirada en cualquier parte. Apoyó la cabeza en el volante cuando paró e intentó calmarse para evitar llorar. Luego, algo más tranquila, entró en la propiedad, se dio una ducha para quitarse de encima la tierra seca y los restos de suciedad después del duro día de trabajo y se dejó caer en el sofá, pensando que no sabía muy bien cómo iba a conseguir sobrevivir y si se sentiría así durante el resto de su vida, sola y triste.

## 6

James entró en la casa justo cuando su hermana bajaba por las escaleras con un móvil en la mano. Amber alzó las cejas en alto y lo miró de forma significativa.

—Resulta que a la princesa se le ha olvidado el móvil en el despacho —dijo—. Mañana es su día libre y yo no pienso llevárselo, ¿puedes hacerlo tú? Ya he tenido que aguantar escuchar cómo me pedía perdón, aunque dudo que lo sintiese en realidad.

Él pareció sorprenderse ante la noticia.

—¿Te ha pedido perdón? —Amber asintió—. Dame ese móvil, luego me acercaré.

James se dio una ducha para quitarse el sudor de encima después de pasarse el día con el ganado junto a los demás trabajadores y, más tarde, encargándose de esa valla que tenía que arreglar. Al terminar, se guardó el móvil de Katie en el bolsillo trasero de los vaqueros y se acercó con la furgoneta a la casa de invitados. Todo estaba tal y como lo recordaba, aunque la última vez que había pisado aquel lugar había sido antes del funeral del padre de Katie, cuando él se acercó para buscar un traje adecuado y llevarlo a la funeraria, tal como le habían pedido, junto a otras pertenencias y papeles.

Llamó a la puerta con los nudillos y, cuando ella abrió, sintió que le daba un vuelco el corazón. Ojalá verla no provocase siempre esa sensación en él. Torció el gesto, molesto, y le tendió el móvil con brusquedad. Ella lo cogió sorprendida.

—Te lo dejaste en el despacho.

—Gracias, pensaba que lo había perdido en el campo.

Se miraron en silencio unos instantes, hasta que él dio un paso al frente con una sonrisa en el rostro que no auguraba nada bueno.

—¿No piensas invitarme a entrar? —Antes de que ella pudiese decir nada, él ya estaba dentro, mirándolo todo a su alrededor y apreciando el trabajo de limpieza que ella había hecho allí. La miró, una mezcla entre rabia y decepción—. Así que le pides perdón a mi hermana, pero a mí, tu novio durante más de dos años, ni siquiera te molestas en decirme nada. Si al menos pudiese entenderte...

Katie apartó la vista de él.

—Contigo es más difícil.

James la ignoró y paseó a sus anchas por la estancia hasta llegar a la cocina. Ella lo siguió en silencio, con el corazón latiéndole muy fuerte y deseando tener el valor para decirle que alejarse de él era, con diferencia, la peor decisión que había cometido en su vida y que cada día se arrepentía de haberlo hecho. Podría haberle contado la verdad, confiar en él, pero tomó la dirección equivocada y ahora estaba pagando ese error, y con muchos intereses.

—¿Tienes una cerveza? —preguntó James.

Katie negó, sorprendida por el cambio de tema.

—¿Y un refresco? —insistió.

—No, lo siento, ahora mismo...

—¿Qué coño tienes en la nevera?

Antes de que ella pudiese impedirselo, James dio dos zancadas largas y abrió la puerta de la nevera. Y allí estaba, el frigorífico vacío. Tan solo había un trozo de queso, una botella de leche y dos cortadas de pan de molde. Él parpadeó, confundido ante lo que estaba viendo y, luego, a pesar de que ella intentó impedirselo, comenzó a abrir los otros armarios que había en la cocina. Solo encontró un poco de café y arroz.

Se giró hacia ella. Le hervía la sangre.

—¿¡Qué significa esto!?

—¡No es asunto tuyo!

—Katie, contesta. —La cogió del brazo, pero ella se soltó y dio un paso hacia atrás. Se sentía avergonzada e incapaz de sostenerle la mirada.

—Por favor, márchate —suplicó.

James la miró unos segundos más, impasible, hasta que al final dio un paso atrás y comenzó a caminar hacia la puerta. Cuando se fue, cerró dando un sonoro portazo que pareció retumbar en todas las paredes de la vieja casa y Katie se dejó caer en el sofá y lloró sintiéndose desdichada. ¿Qué pensaría de ella? Seguramente que era tonta y que se lo merecía, que todo aquello era culpa suya y que ella sola se lo había buscado...

Volvieron a llamar a la puerta veinte minutos más tarde.

Katie dudó, pero terminó abriendo y se encontró de nuevo con ese chico de ojos oscuros y pelo revuelto. Sintió que se le partía el alma cuando él entró cargado con dos bolsas y las dejó sobre la mesa

de madera de la cocina. Ella lo siguió caminando tras él casi de puntillas, como si temiese hacer ruido y que el momento se rompiera.

—No tenías que hacerlo... —dijo con hilo de voz.

Él la miró por encima del hombro sin dejar de sacar de la primera bolsa huevos, tomates, pasta y algunas cosas variadas para picar. Algo relampagueó en su mirada.

—Tendrías que haberme dicho esto.

—¿Cómo? Ni siquiera me miras...

James explotó y se giró de golpe.

—¿Y cómo quieres que te mire después de lo que hiciste? ¿Cómo crees que me hace sentir volver a verte? —Su voz subió de volumen—. ¡Apenas si puedo soportar estar en el mismo sitio que tú, pero, joder, no pienso dejar que te mueras de hambre!

Ella sintió sus palabras como un golpe en el estómago.

—No iba a morirme, solo tenía que aguantar un poco más, hasta que cobrase a final de mes. Por eso necesitaba un trabajo —dijo—. Aun así, gracias por esto. Muchas gracias.

—No te molestes en dármelas.

Y con un humor de perros, dejó a medias la otra bolsa antes de dar media vuelta y marcharse de allí tal como lo había hecho la última vez, sin molestarse a mirar atrás. Katie cerró los ojos ante el sonido del portazo y luego respiró hondo para intentar calmar la ansiedad que sentía en el pecho. Cuando consiguió tranquilizarse, no pudo evitar sentir que la boca se le hacía agua al ver toda la comida que él había traído. A pesar de tener el corazón encogido en un puño por todas las emociones que se habían acumulado allí, abrió un paquete de patatas fritas mientras ponía algunas verduras a cocer en la sartén y degustó el sabor salado y lo crujientes que estaban. Pensó en lo que había ocurrido; al verlo ahí, frente a ella, había deseado tocarlo, hundir las manos en su cabello oscuro y abrazarlo por la espalda como hacía cuando era joven, antes de apoyar la mejilla entre sus omoplatos y sentir el calor de su cuerpo...

Pero él la odiaba. Podía verlo en su mirada.

—No ha cambiado tanto, aunque hay algo diferente en sus ojos.

—¿A qué te refieres? —Hollie miró a Amber con curiosidad.

—Ya no tiene ese brillo en la mirada... —Amber se mordió el labio—. No lo sé, déjalo, solo es una sensación tonta. La cuestión es que ha vuelto y, por lo que parece, no tiene intención de marcharse pronto.

—Debería ir a hacerle una visita.

—Hollie, ella nos abandonó...

—Pero dijiste que te pidió perdón, ¿no?

—Sí y eso no cambia nada —sentenció Amber—. No me dio ninguna explicación, no me dijo por qué lo hizo, ¿y si la perdono y volvemos a ser tan amigas y se marcha de nuevo al día siguiente sin despedirse? Yo confiaba en ella a ciegas y ahora ya no sé qué pensar.

—Es humana. Todos nos equivocamos.

Hollie se subió las gafas que usaba con el dedo índice y le dio un sorbo al café mientras fijaba la mirada en la pared de madera de la cafetería donde ella y Amber quedaban todos los viernes al mediodía. Pensó en Katie, la chica que la había hecho darse cuenta de que era bonita, esa que un día la puso frente a un espejo y le habló de todas sus virtudes y de todo aquello que debía aprender a valorar a partir de ese momento. Aunque le había dolido muchísimo su marcha, ella sí que tenía ganas de volver a verla.

Su amiga dejó escapar un suspiro cansado.

—Ve a verla, si quieres. Está en la casa de invitados.

—Quizá me pase más tarde, entonces —admitió Hollie tras llevarse a la boca un trozo de bizcocho de almendras.

Así lo hizo. Una hora más tarde, Hollie Stinger estaba dentro de su pequeño coche azul escarabajo conduciendo por uno de los caminos secundarios que se alejaban del pueblo. Hollie siempre había sido una chica tímida e insegura, pero, con la ayuda de Katie y Amber, de joven había aprendido a fortalecerse y ya no era esa niña que tartamudeaba en cuanto se burlaban de ella o un chico se le

acercaba. Aparcó con seguridad frente a la puerta, bajó del coche y llamó con los nudillos sujetando con la otra mano la bolsa con lo que había comprado antes de salir de la cafetería.

Katie abrió y la miró sorprendida; tenía las mejillas coloradas y el pelo recogido en un moño informal sobre la cabeza. Se quedó quieta y Hollie reconoció esa mirada de temor en sus ojos, porque ella misma se había sentido así muchas veces, a la espera del ataque.

—Vengo en son de paz —se apresuró a decir—. Tenía ganas de verte y he pensado que podríamos tomarnos algo juntas. Traigo magdalenas.

La rubia dejó escapar el aire que había estado conteniendo y una sonrisa temblorosa apareció en su rostro antes de atreverse a inclinarse para abrazar a Hollie.

—¡Muchas gracias! Ni siquiera sé qué decir...

Tenía lágrimas en los ojos cuando se separó de Hollie para dejarla pasar. Rápidamente, intentando esconder el rastro y limpiándose con el dorso de la mano, le preguntó si quería té y, tras ver su asentimiento, puso a calentar la tetera al fuego. Hollie no había cambiado demasiado en esos ocho años; seguía siendo como una flor delicada pero muy fuerte por dentro y Katie deseó abrazarla de nuevo. Se sentó frente a ella.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo y cogió sus manos por encima de la mesa para darle un cálido apretón—. Cuéntame qué es de tu vida.

—Nada demasiado interesante, la verdad.

—¿Estás casada? —preguntó Katie.

La otra se ruborizó y negó con la cabeza.

—No, no, hasta ahora no he conocido a nadie especial. —La miró con interés—. ¿Y tú? ¿Algún chico de la gran ciudad que te haya robado el corazón?

Katie pensó entonces que el único hombre que le había robado el corazón vivía ahí al lado, apenas a un kilómetro y medio de distancia. Recordó su rostro enfadado cuando la noche anterior le había traído la comida, la mirada crispada y el portazo que había dado al irse, como si quisiese exteriorizar la rabia que sentía.

—No ha habido nadie importante durante estos años. Ya sabes, algún lío esporádico, pero nada más —Se levantó cuando la tetera comenzó a silbar, pero la miró por encima del hombro—. ¿A qué te dedicas ahora, Hollie?

—Soy profesora en el instituto del pueblo.

Katie sonrió. Hollie siempre había llevado un libro bajo el brazo y soñado con dedicarse a la enseñanza.

—Cumpliste tu sueño...

—Eso parece. Ahora solo falta que aparezca el príncipe azul para tener el paquete completo. —Rieron a la vez mientras Katie servía el té y ella pensó que casi parecía como si los años no hubiesen pasado; al menos, hasta que le preguntó—: ¿Y tú? ¿Cómo te fue en Nueva York? ¿Encontraste lo que buscabas?

Dudó, nerviosa. No le gustaba hablar de eso. Ella había sido una cría tonta que pensó que bastaría con una cara bonita para empezar a cosechar éxitos en la ciudad, porque eso fue lo que le dijo el cazatalentos que la convenció para marcharse con él; en cambio, lo que había encontrado allí había sido miseria, dolor y un mundo competitivo en el que no existía espacio para las amistades.

—No lo creo. Fue una época... difícil.

Hollie bebió un trago del té y luego la miró.

—¿Por qué te fuiste, Katie?

—¿Sabes que eres la primera persona que me lo pregunta? —Se había dado cuenta el día anterior, cuando James cerró la puerta con fuerza y salió corriendo de allí. Él no le había preguntado en ningún momento por qué se había ido, igual que tampoco lo había hecho Amber; ninguno de los dos le había pedido que les explicase su versión de la historia porque era como si ya no esperasen nada de ella—. Me fui porque mi situación aquí era complicada y pensé que allí lograría salir adelante. Me fui porque... no quería depender eternamente de los Faith ni convertirme en una damisela en apuros. Por una vez, quería hacer las cosas por mí misma y, visto lo visto, volví a fracasar.

Hollie se apresuró a cogerla de la mano.

—No digas eso, porque no es cierto.

—Sí que lo es... y ahora ellos me odian.

Notó que las lágrimas se le escapan de nuevo.

Su amiga le dirigió una mirada cargada de ternura.

—Amber y James están dolidos, pero se les pasará, ya lo verás. Confía en mí.



Muy a su pesar, James se acercó hasta la zona trasera del rancho donde sabía que ella seguiría quitando malas hierbas. En efecto, allí estaba, arrodillada en el suelo y con un pañuelo azul atado en la cabeza. Se fijó en sus brazos delgados y recordó el agujero que había sentido en el estómago al darse cuenta de que tenía la nevera vacía. La furia se había apoderado de él y los sentimientos se volvieron tan confusos mientras sacaba la comida de las bolsas poco después, que James no supo si estaba enfadado con él mismo por formar parte de aquella situación o si tan solo seguía odiando a Katie por lo que les había hecho a ambos y lo que seguía haciéndoles ahora que había regresado.

—Necesito que vengas conmigo —dijo secamente. Ella levantó la cabeza hacia él protegiéndose del sol con la mano—. Se han desviado veinte cabezas de ganado y los chicos se han ido a almorzar. Dijiste que recordabas cabalgar, ¿no es cierto?

Ella asintió con timidez y se puso en pie. James dio media vuelta sin decir nada más y se dirigió hacia las cuadras con ella pisándole los talones. Una vez allí, ensilló uno de los caballos y, cuando le preguntó a Katie si necesitaba ayuda para subir, ella negó con la cabeza y logró montar al animal con facilidad. James lo hizo también con su caballo y, juntos, cabalgaron hacia el otro lado del río.

—Tú te quedarás en esta zona y yo me encargo de guiarlos. No hagas ningún movimiento brusco ni te muevas demasiado —le ordenó.

Katie asintió y permaneció en la zona que le había indicado mientras, a lo lejos James se ocupaba de guiar al ganado que se había extraviado del resto. Observó sus movimientos precisos, lo seguro que parecía tras las riendas del caballo, como si él y el animal se compenetrasen a la perfección. Ella lo recordó de niño, cuando él se esforzaba cada día por aprender y seguir los pasos de su padre, que murió unos años después. De repente, deseó poder decirle que lo sentía. Lo había hecho con Hollie, que no parecía guardarle rencor, y también con Amber, aunque ella no había aceptado sus disculpas, pero con James todavía no había encontrado el valor para hacerlo y dejarse ver ante él vulnerable y arrepentida. Mientras lo miraba, se dijo que aquel podría ser un buen día para intentarlo y, cuando él terminó de hacer el trabajo y regresaron a paso lento hacia la finca, se convenció de que era buena idea. Así que, una vez

desmontó su caballo y lo dejó en su lugar tras darle una zanahoria, se acercó a James, que estaba a punto de marcharse.

—¿Podemos hablar? —preguntó con timidez.

Él se giró y sus ojos oscuros la recorrieron de los pies a la cabeza un par de veces. Katie sintió el impulso de echarse atrás cuando James avanzó un par de pasos, dentro del reducido lugar, pisando la paja que cubría el suelo con sus botas.

—Así que quieres decirme algo... —susurró.

—Sí, necesito... necesito que sepas que...

James sonrió burlón y apoyó ambas manos en la pared que estaba tras ella mientras se inclinaba hacia su bonito rostro. Se fijó en los labios rosados y tuvo que contenerse para no atraparlos entre los suyos y recordar que ella era tóxica.

—¿Te pongo tan nerviosa que eres incapaz de no titubear?

Katie dejó de respirar. Era cierto. Estaba nerviosa y casi temblando ante su inesperada proximidad. Esos ojos negros parecían poder ver todos los secretos que escondía en su interior y ella no estaba preparada para compartir eso con nadie, ni siquiera con él. Quizá tiempo atrás hubiese podido hacerlo, pero perdió la oportunidad cuando eligió mal.

—Quiero que sepas que... lo siento.

—Lo sientes —repitió él, todavía burlón.

—No sabes cuánto. Lamento haberte hecho daño, tú... tú eras la persona más importante para mí y yo fui una idiota por marcharme así, pero...

—¿Y qué les haces a los que no son importantes? —la interrumpió, pero luego chasqueó la lengua y suspiró hombro—. Mejor déjalo, ni siquiera quiero saberlo. Está bien, Katie; te fuiste y me jodiste, pero no le demos más vueltas, tampoco te creas que me costó tanto recuperarme. Un par de semanas y como nuevo —mintió.

Katie se lamió los labios, sin saber qué decir ante eso. Estuvo a punto de confesar que, por el contrario, ella se había pasado los últimos años de su vida intentando olvidarlo. Y, por cómo su cuerpo reaccionaba cuando él estaba cerca, estaba claro que no lo había conseguido del todo. Se fijó en cómo su mirada oscura descendía hasta su boca antes de que él diese un paso atrás y se apartase de ella de golpe y de repente.

—Imagino que tienes trabajo que hacer —dijo serio.

Luego se dirigió hacia las puertas abiertas de madera, pero ella corrió tras él y lo interrumpió parando enfrente y cortándole el paso. James la miró cabreado.

—¿No vas a perdonarme nunca? —Era más un ruego que una pregunta.

Él no pareció reaccionar ante sus palabras. La miró durante lo que pareció una eternidad y luego, ignorando su mirada triste y el temblor que sacudía los labios de la chica, la rodeó sin prisa y salió de allí caminando tranquilo, como si su presencia no lo perturbase.

—No quiero ir, seguro que todo el mundo me mirará —repitió Katie, negándose a acudir esa noche al único local de copas que había en todo el pueblo, lo que significaba que, con total seguridad, allí estarían todas esas personas que ella había dejado atrás y que ahora parecían odiarla. Prefería quedarse en su casa mirando una pared—. De verdad, Hollie, déjalo, no es una buena idea.

—Sí que lo es y, además, Amber no se ha quejado cuando le he dicho que vendrías. Eso es un gran paso viniendo de ella, ¿no crees?

—¿Lo dices en serio? —A Katie le cambió la cara.

—Totalmente. No ha dicho nada, tan solo se ha encogido de hombros. Sabes cómo es Amber, puede que por su orgullo ella no vaya a ti, pero con el tiempo y un poco de paciencia, seguro que terminará perdonándote y las cosas volverán a ser como antes.

—Lo dudo. Su hermano me odia.

—James es un tema aparte —se apresuró a decir—. Veamos que tienes en el armario. Este vestido es muy bonito, me encantan las mangas.

Katie miró poco convencida el vestido negro y básico que Hollie sostenía en las manos. Era bonito, con las mangas de gasa y transparentes, pero no estaba segura de sentirse cómoda de nuevo poniéndose guapa y arreglándose para salir. Eso le traía recuerdos de Nueva York, de todas las noches que había pasado allí frente al espejo, subida en altos tacones intentando impresionar a los asistentes de alguna fiesta a la que había sido invitada o buscando con la mirada a los agentes de modelo que habían asistido.

Al final, suspirando de un modo melodramático, cogió el vestido, se peinó sin mucho interés, dejándose el cabello suelto sin ningún adorno, y se maquilló de un modo suave antes de subir en su coche y seguir el de Hollie hasta el centro del pueblo. Una vez allí, aceptó la mano que su amiga le tendió y entró en el local tras ella. Tal como había esperado, todas las miradas de los que estaban allí dentro se centraron en su figura de golpe, sin molestarse en disimular el interés que su regreso generaba.

—No les hagas caso —le susurró Hollie al oído.

Luego, sorteando a la gente que estaba de pie, bebiendo en medio de la pista del local, se dirigieron

juntas hacia una de las mesas del fondo, donde Amber estaba sentada y las miraba fijamente con una copa en la mano. Katie la saludó con timidez al llegar, sin saber muy bien cómo comportarse en su presencia, y agradeció que el camarero apareciese para pedir una bebida y hacer algo de tiempo mientras intentaba acostumbrarse a la incómoda situación. Como siempre, Hollie rompió el hielo y comenzó a hablar de los problemas que había tenido con una de sus alumnas como si aquel encuentro entre las tres fuese algo de lo más habitual. Amber tenía los ojos clavados en Katie.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó de repente la chica morena.

—No lo sé, pero no tengo otro lugar a dónde ir. Quizá me quede para siempre.

—Vale, porque quiero saber si vale la pena el esfuerzo de darte otra oportunidad o si, en cuanto me gire, vas a salir corriendo para no volver —replicó con furia, pero, luego, de repente su mirada se suavizó—. Al menos, espero que tengas buenas anécdotas que contarnos de todo lo que hiciste por Nueva York durante estos años.

Hollie dejó escapar una risita por lo bajo.

—¿Te sirve saber que estuve en una fiesta con Ryan Gosling? Solo le vi la cabeza entre la multitud, pero, bueno, tiene un pelo muy bonito, ya sabes —dijo Katie.

Amber empezó riendo con suavidad hasta que su risa se convirtió en una carcajada mientras asentía con la cabeza y aseguraba que sí, que le servía como anécdota y que esperaba que tuviese muchas más que contar, porque era todo oídos. Y así, entre copas y ajenas a la gente que las miraba a su alrededor, las tres amigas se pusieron al día. Hollie le contó con más detalle su estancia en la universidad y su posterior ingreso como profesora en el instituto de Sound River, algo con lo que siempre había soñado. Amber, por su parte, le explicó que ella y su hermano se habían hecho cargo del rancho familiar tras la muerte de su padre; James se había volcado más en el cuidado de los animales y el mantenimiento general, y ella en las contrataciones y la parte administrativa, ya que los números siempre se le habían dado bien a pesar de que seguía disfrutando de cabalgar en sus ratos libres, no como un trabajo y una obligación, sino por placer.

Cuando quisieron darse cuenta las tres llevaban varias copas encima y, entre aquellas dos chicas, Katie volvió a sentirse bien y feliz, incluso a pesar de la desconfianza que todavía podía ver en los ojos de Amber. La entendía y esperaba que, con el paso del tiempo, las aguas se calmasen. Las había echado mucho de menos a las dos; en Nueva York no había conseguido hacer amigas de verdad porque las chicas con las que coincidía jamás conocerían a la Katie que disfrutaba vistiendo unos vaqueros y unas botas

viejas y perdiéndose entre los bosques de los alrededores.

—Mirad, ahí viene mi hermano.

Amber lo saludó con la mano y James, que llevaba una cerveza y tenía el ceño fruncido, se acercó a paso lento hasta la mesa que ellas ocupaban. Barrió con la mirada la escena, intentando decidir qué opinión tener ante esa situación, pero algo en los ojos de su hermana melliza lo hizo mantenerse callado. Si ella quería acercarse a Katie, adelante, que lo hiciese, él nunca se interponía en sus decisiones ni tenía intención de empezar a hacerlo ahora, incluso aunque estuviese convencido de que se estaba equivocando.

—¿Pasando un buen rato? —preguntó.

—Algo así. Poniéndonos al día —dijo Amber.

—¿Te sientas con nosotras, James? —añadió Hollie.

—Casi que paso. Disfrutad de la noche.

Se dio media vuelta sin decir nada más y, durante la siguiente media hora, se esforzó por dejar de mirar hacia ese rincón en el que se encontraban las tres e ignorar lo bien que le quedaba a Katie aquel vestido negro que se asustaba a su silueta y la sonrisa que nacía en sus labios cada vez que Amber le decía algo. Maldijo por lo bajo, cabreado por tener que soportar su presencia allí también, y se internó entre la gente para pedir otra copa.

Katie se removió incómoda en el reservado cuando Hollie se levantó para ir al servicio y las dejó a solas. Además, la cabeza le daba vueltas por la bebida.

—Que sepas que todavía no te he perdonado —dijo Amber de repente—. Pero quizá lo haga dentro de poco. Creo que aún estoy asimilando que has vuelto. Han sido ocho años... ocho años sin ti —susurró dolida.

—Lo siento, Amber. Fui una idiota...

—Y hasta el momento no has intentado inventarte ninguna excusa. ¿Qué fue lo que hizo que te marchases tan de repente? Ni siquiera te paraste a pensarlo ¿no?

—Fue... fue complicado —titubeó y notó que le temblaba la voz. No estaba preparada para hablar de eso, no allí y rodeadas por todas aquellas personas. Como si todavía siguiese existiendo una especie de conexión entre ellas, Amber pareció ver en su mirada que aquel no era el momento y sacudió la cabeza antes de cambiar de tema.

—¿Qué te parece este lugar? Si hubiese existido cuando éramos jóvenes, seguro que hubiese salido

ardiendo alguna de esas noches locas que pasábamos. ¿Recuerdas cuando nos colamos en la casa de la señora Nancy?

Katie sonrió con nostalgia.

—¡Casi nos mata!

Las dos habían saltado la valla de la propiedad un sábado porque estaban tan borrachas que se empeñaron en secuestrar al gato de la señora y pedir un rescate por él para gastarle una broma; sin embargo, cuando Nancy advirtió la presencia de intrusos, lejos de amedrentarse, salió por la puerta con una escopeta y lanzó un disparo al aire. Katie y Amber se fueron corriendo entre risas y atravesaron los campos para llegar antes hasta el rancho de los Faith. Las dos terminaron tumbadas en medio de la hierba, con la mirada fija en el cielo cubierto de estrellas y hablando de todo lo que harían durante los próximos años, cuando dejasen atrás el instituto y tuviesen que tomar nuevos caminos.

—¿De qué habláis? —preguntó Hollie al volver.

—De la pobre señora Nancy —contestó Amber.

—Sí, qué encanto. Murió el año pasado.

—¡No me digas! No lo sabía.

Katie tomó aire y se preguntó cuántas cosas se habría perdido desde que se fue, cuántos momentos importantes para aquel pueblo que la había visto crecer y del que ella había huido. Se disculpó para ir a los servicios, porque se sentía un poco mareada y necesitaba refrescarse la nuca con agua. Al levantarse, avanzó despacio por culpa de los altísimos tacones, los únicos que se había traído de Nueva York y que habían sido los primeros que ella misma se compró en una tienda a las pocas semanas de llegar allí, cuando todavía tenía la ilusión y la esperanza de que las cosas le saldrían bien.

Se tropezó, aunque consiguió no caer, y dejó escapar una risita nerviosa que se extinguió en cuanto distinguió a James frente a ella, apenas a unos metros de distancia. Sintió que se quedaba sin aire. Él parecía divertirse con una chica pelirroja de rostro ovalado y estaban tan juntos que sus cuerpos se rozaban. Ella rio cuando James le dijo algo al oído y, unos segundos después, sus bocas se unieron en un beso largo y profundo. A Katie se le sacudió el estómago. Irguió los hombros, enfadada por sentirse así después de tantos años, y atravesó el local pasando justo por delante de ellos con toda la indiferencia que pudo fingir en esos momentos. Una vez dentro de los servicios, se mojó la cara y se quitó el maquillaje con unas toallitas que llevaba en el baño. Estaba acalorada e incómoda y tenía ganas de irse a casa. Verlo con esa chica había sido... doloroso. Y Katie no entendía cómo era posible seguir albergando tantas

emociones por alguien que no estaba en su vida desde hacía ocho largos años. Inspiró profundamente por la nariz y se llenó de valor para conseguir salir de allí, porque no podía pasarse la noche dentro de aquel cubículo, deseando desaparecer. Por suerte, cuando abrió la puerta, pronto descubrió que James y la joven pelirroja habían desaparecido.

Regresó a la mesa en la que estaban las chicas.

—¿Todo bien? Has tardado casi quince minutos.

—Estaba refrescándome un poco, pero no creo que tarde en irme a casa.

—¡Quieta ahí! Te has tomado varias copas, creo que nadie va a irse a casa hasta dentro de unas horas

—dijo Amber y luego soltó una risita por lo bajo, lo que, como bien sabía Katie por lo mucho que aún la conocía, significaba que estaba borracha—. Presiento que esta noche va a ser muy pero que muy larga.

Así fue. Durante las siguientes horas bailaron, rieron y lloraron. Cuando el estado de embriaguez llegó a su punto álgido, Amber comenzó a protestar y a quejarse por el abandono de Katie y esta terminó volviendo a pedirle disculpas mientras Hollie lloraba asegurando que había echado mucho de menos aquellas noches en las que solo estaban ellas tres. Caminaron a trompicones por las calles del pueblo sin que les importasen las miradas que los demás les dirigían, hicieron un poco el ridículo y, finalmente, James apareció cuando Katie estaba a punto de coger la siguiente copa que había pedido.



James atrapó la muñeca de Katie entre sus dedos antes de que ella rozase el tallo de la copa de cristal que contenía un líquido rojizo. Él tenía la mandíbula en tensión y los dientes apretados cuando habló inclinándose hacia ella, muy cerca de su rostro.

—Ni se te ocurra beber eso.

Katie estaba lo suficiente borracha como para que su opinión le importase bien poco. Se enfrentó a él, incapaz de contener las palabras.

—¿Quién eres tú para decidir eso?

—Soy el tipo que va a llevaros a casa.

—Pues no hace falta que lo hagas —replicó—. Puedes volver con la chica pelirroja, no te preocupes por nosotras, estamos bien. A propósito, ¿dónde está Amber... y Hollie...?

Katie se giró al darse cuenta de que la habían dejado sola en la barra del local para irse a bailar. James la miraba fijamente.

—Créeme, ahora mismo estaría entre las piernas de esa pelirroja si no fuese porque vosotras os estáis comportando como crías. Así que mueve el culo.

—¿Quieres verme el culo? —preguntó horrorizada—. ¿Cómo te atreves?

—He dicho: *mueve* el culo.

—¡No pienso moverlo para ti!

—¡Joder, Katie! Eres igual de inaguantable y niñaata y...

Se mordió la lengua, como si estuviese reprimiéndose y, cogiéndola de la muñeca, la bajó del taburete de un estirón. Ella se soltó con brusquedad.

—¡Pues antes no me tratabas así! —se quejó.

Él se giró. Sus ojos oscuros echaban chispas y se deslizaron hasta sus labios antes de volver a subir a su rostro y quedarse ahí, furiosos.

—Antes te quería —contestó secamente.

Fueron tres palabras, pero Katie necesitó concentrarse en algo para no echarse a llorar allí, delante de

él, porque le resultaron devastadoras y un buen resumen de todo lo que había tenido al alcance de su mano y había terminado perdiendo.

—Lo si-siento... —balbuceó borracha—. Yo... Yo me equivoqué...

—Vamos, déjalo ya —dijo él.

Y sin darle tiempo a replicar, la cogió de la mano y la obligó a seguirlo cuando se internó entre la gente para buscar a su hermana y a Hollie. Diez minutos después, James conducía su coche con tres chicas cantando y gritando en el asiento trasero del vehículo.

—Joder, parece que tengáis quince años otra vez —se quejó cuando su hermana lo abrazó desde el asiento de atrás, haciendo el tonto.

—¡Es que nos sentimos así! —gritó Hollie animada.

Una a una, las fue dejando en las casas según les venía de camino. Primero fue la dulce Hollie, que se despidió lanzando un beso al aire, y luego Amber porque, cuando pasaron por el rancho camino a la casa de invitados, aseguró que tenía ganas de vomitar y que, por favor, la dejase antes a ella. Así que, finalmente, los dos se quedaron a solas en el coche. James se esforzó por no mirarla cuando ella se movió hasta al asiento del copiloto desde la parte trasera sin mucha delicadeza y el vestido se le subió por los muslos dejando buena parte de sus piernas al aire. Él había adorado esas piernas, pero, sobre todo, había adorado la respiración entrecortada de ella cada vez que las acariciaba y se hundía entre ellas...

Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco cuando Katie encendió la radio, sonó una canción y empezó a cantarla en voz alta y a voz de grito. Él la apagó. Ella volvió a encenderla. James la quitó de nuevo.

—Joder, ¡deja la puta radio en paz!

—¿No puedes darme una tregua, siquiera?

—Dame una buena razón para hacerlo.

—Pues, no sé... —dijo con la voz pastosa—. Porque nos conocemos desde que somos unos ni-niños. Y porque sabes que, aun a pesar de todo, haría cualquier cosa que me pidieses —confesó y, en aquel momento, su voz perdió el tono divertido y se volvió triste y melancólica.

Él frenó el coche delante de la casa de invitados y la invitó a salir, sin responder a las palabras que ella acababa de pronunciar en el interior del vehículo. No pudo evitar quedarse ahí mirándola bajo la luz de los faros mientras ella intentaba encajar con torpeza la llave en la puerta de la cerradura antes de

desaparecer dentro. Pensó en lo que había dicho y sintió que le daba un vuelco el corazón, cosa que odió de inmediato. Los recuerdos lo asaltaron de repente, las tardes de verano que habían pasado juntos en la heladería del pueblo y cómo él le ensuciaba la nariz entre risas y ella lamía el helado con gesto juguetón, o las noches que los dos se habían escapado de sus casas para encontrarse en mitad del prado, tumbarse en el suelo lleno de hierba y mirar las estrellas, hablar en susurros de lo primero que se les pasaba por la cabeza o matar las horas entre besos y promesas...

James regresó al rancho y se encontró a su hermana en la cocina, rebuscando entre los armarios hasta que encontró una caja de galletitas saladas y la abrió con torpeza. Se llevó un puñado a la boca antes de girarse hacia él.

—¡No me mires así! ¡Tengo hambre! Después de una noche de fiesta, siempre me entran ganas de comer, ya lo sabes.

Él dejó las llaves sobre la encimera.

—Lo sé, igual que también sé que te vas a arrepentir de darle otra oportunidad a Katie. ¿En qué estás pensando, Amber? ¿Ya lo has olvidado todo?

Su hermana frunció el ceño y dejó la caja de galletitas a un lado antes de acercarse.

—No lo he olvidado, pero la echo de menos y, no lo sé, todos merecemos una segunda oportunidad. Además, creo que pasó algo... algo que hizo que tomase la decisión equivocada...

—Lo que pasó fue que se largó y punto.

—Si tanto quieres evitarla, ¿para qué demonios le has dado trabajo aquí? Eso solo ha hecho las cosas más difíciles. No te entiendo. Y tampoco me gusta que te metas en mis decisiones, como yo no me meto en las tuyas —dijo alzando la voz por culpa de las dos copas de más que se había tomado. James empezó a enfadarse de verdad, y no solo con ella, sino también con él mismo por no poder contener las emociones que lo desbordaban.

—Le di trabajo porque quería levantarme cada mañana y verla a mi alrededor haciendo todo lo que sabía que ella odiaría hacer, ¿te sirve como respuesta?

—Eso es cruel —susurró Amber.

James se giró antes de salir por la puerta de la cocina.

—No olvides que ella lo fue primero —respondió.

No mentía. El día que James se despertó y encontró bajo el alfeizar de su ventana una nota de Amber despediéndose de él y diciéndole que lo sentía mucho, pensó que no podía existir en el mundo algo que

doliese más que su corazón resquebrajándose al leer esas líneas tan escuetas y vacías. Sintió que se ahogaba. Salió corriendo de casa y fue hasta el hogar de sus vecinos en busca de Katie y de una explicación, pero ella ya no estaba. Su padre, el señor Wilson, lo recibió con una botella en la mano y la barba sucia por llevar días sin ducharse, y lo único que fue capaz de decirle en aquel estado fue que Katie se había marchado a Nueva York con ese cazatalentos que la semana pasada había terminado en el pueblo tras averiarse su coche y quedarse en un hostel hasta que se lo reparasen en el taller mecánico. Nada más, como si eso fuese una respuesta razonable que él pudiese entender antes de seguir adelante con su vida, cosa que, por supuesto, no hizo. A partir de ese momento, James pasó unos meses encerrado en sí mismo, sin apenas probar bocado y saliendo a cabalgar por la mañana para regresar casi al anochecer. Un día, su hermana se sentó junto a él cerca del arroyo y le dijo que no podía seguir así y que, para ella, estaba siendo casi peor al haber perdido no solo a Katie, sino también al James que conocía, y eso fue suficiente aliciente para animarlo a salir adelante, no por él, sino por su hermana. Así que a la mañana siguiente se levantó, se afeitó y tomó un desayuno abundante antes de empezar a trabajar. Poco a poco, esa rutina se convirtió en algo estable y el rostro de Katie se perdió entre recuerdos en los que él intentaba no pensar conforme seguía adelante sin ella, rompiendo todas esas promesas que un día se hicieron a la orilla del río.

El lunes por la mañana, todos en el rancho parecían estar atareados y muy ocupados. Había venido a visitarlos tanto el veterinario como uno de los inspectores de sanidad para realizar la visita periódica de rigor, así que no querían que su estancia allí se viese interrumpida por los constantes movimientos, por lo que a Katie le pidieron que aquel día no realizase tareas fuera y se encargase de algunas cosas pendientes dentro del hogar. Junto a Sophie, la ama de llaves, pasó las horas de la mañana limpiando la despensa y luego comió allí un sándwich de pavo y queso antes de seguir ordenando los demás armarios de la cocina. Sophie no hablaba mucho, pero parecía un mujer simpática y agradable, así que, cuando al terminar de hacer la colada a última hora de la tarde, le pidió si podía llevar la ropa a cada una de las habitaciones, ella aceptó hacerlo.

—Gracias. Me duelen las rodillas cada vez que subo y bajo las escaleras —dijo mientras le daba un montón de ropa recién planchada y doblada—. Estas prendas déjalas en la habitación de la señorita Amber, encima del sillón rosa que está en una esquina. Y estas de aquí —añadió pasándole otro montón—, en la de James, sobre la cama. Puedes irte en cuanto termines.

—Todavía son las cinco —respondió Katie.

Sophie le guiñó un ojo y le sonrió.

—No te preocupes, hoy estás bajo mi supervisión.

—Muchas gracias —se despidió.

A paso lento, comenzó a ascender las escaleras cargada con los dos montones de ropa. Paró primero en la habitación de Amber, que estaba más cerca del pasillo principal y dejó sobre el sillón rosa sus prendas. Con una sonrisa, no pudo evitar fijarse en el corcho que estaba colgado en una de las paredes y que estaba lleno de fotografías en las que salían todos, ella incluida. Era uno de los regalos que le habían hecho por su dieciocho cumpleaños. Katie suspiró nostálgica, pero contenta por la oportunidad que Amber le había dado la noche anterior. Sabía que no podía volver a fallarle y estaba dispuesta a demostrarle que había cometido un error, pero que su amistad seguía siendo muy importante para ella.

En cuanto a James...

James era otra historia, pensó mientras dejaba atrás el dormitorio de Amber y se encaminaba hacia el de su hermano. Abrió la puerta despacio. El lugar estaba sumido en la penumbra, aunque se distinguían bien los muebles y todo lo que allí había, como la enorme cama que estaba en medio, cubierta por sábanas blancas, o la mesita que había a un lado y que estaba llena de sus cosas. Katie pudo advertir su aroma masculino en aquella estancia y sintió que un escalofrío subía por su espalda y la sacudía entera. Reprimiendo un suspiro, dejó las prendas de James sobre la cama, pero, luego, no pudo evitar quedarse allí unos segundos, observando la habitación y fijándose en todos los detalles, porque aquel lugar tenía poco que ver con el dormitorio del chico adolescente que ella recordaba.

De repente, la puerta se abrió a su espalda.

Katie se giró y encontró a James delante de ella, mirándola sorprendido porque, evidentemente, no esperaba verla allí. Se sonrojó de inmediato al darse cuenta de que tan solo llevaba puesta una toalla blanca y corta, sujeta a la cadera y que dejaba al descubierto su torso, todavía brillante al no estar del todo seco tras la ducha que acababa de darse.

La puerta se cerró a su espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su voz sonaba afilada y dura.

Katie se frotó un brazo, nerviosa.

—Sophie me pidió que te subiese la ropa —explicó y señaló vagamente con la mano el montón de prendas dobladas que había dejado sobre la cama.

—De ahora en adelante, preferiría que no entrases aquí.

—Vale. Pero, James... —Katie titubeó, insegura y dolida por la mirada fría que él le dirigía—. Me gustaría saber qué tengo que hacer para que podamos volver a ser amigos.

Él arqueó una ceja y se acercó a ella a paso lento, sigiloso como un gato. Katie avanzó hacia atrás hasta que espalda chocó con la pared de madera del armario. Notó que tenía la boca seca ante su cercanía y todo lo que él seguía provocando en ella, pero no pudo evitar desviar rápidamente la mirada hasta su pecho desnudo y desear posar las manos en él para volver a recordar cómo era el tacto de su piel.

—¿Amigos? —cuestionó.

—Eso decía, sí. Amigos.

—¿Y miras así a todos tus «amigos»? —James le sonrió burlón y habló con un tono de voz carente de

emoción—. Porque, entonces, debes de estar muy solicitada por las noches.

Katie alzó una mano en alto de inmediato, pero él la atrapó antes de que ella pudiese rozarle la mejilla. Sus dedos la mantenían agarrada con firmeza mientras ella lo miraba furiosa y con el corazón desbocado.

—Suéltame —pidió.

James ladeó la cabeza, se acercó a su cuello para soplar sobre su piel con suavidad y ella se estremeció en respuesta sin poder evitarlo, algo que él notó de inmediato y le hizo sonreír. Apenas quedaba espacio entre sus cuerpos.

—¿Seguro que eso es lo que deseas?

—Yo... no entiendo... —tragó saliva—. ¿Qué estás haciendo, James?

—Jugar. ¿No es lo que tanto te gusta?

—No, eso no es verdad, no es...

Pero no pudo seguir defendiéndose, porque los labios exigentes de él chocaron contra los suyos y ella sintió que se derretía allí mismo, perdiendo la cabeza, la voz y el corazón. De pronto, como un fogonazo, el recuerdo de su sabor ser tornó real y ella supo por qué él había sido y seguía siendo el único hombre del que se había enamorado.

Jadeó en su boca y permitió que las manos de James bajasen hasta sus caderas y la apretasen con fuerza contra su cuerpo, revelando lo excitado que estaba bajo la toalla que lo cubría. Sus lenguas se encontraron entre la calidez de las bocas unidas, acariciándose primero con lentitud y luego con desesperación, como si les faltase el aire.

James alzó la mano y cubrió con ella uno de sus pechos, apretándolo suavemente entre sus dedos hasta que Katie gimió en respuesta. Sus besos cada vez eran más duros y exigentes, como si él deseara hacerle saber a través de aquel contacto lo dolido y lo enfadado que todavía estaba con ella. Pero antes de que ninguno de los dos pudiese hablar o ir más allá, la puerta se abrió de nuevo y se separaron con brusquedad, pero sin poder evitar que Amber, que entraba preguntado por su hermano, los viese allí.

—Lo siento... no sabía que interrumpía algo.

—No interrumpes nada —dijo él con frialdad—. Katie ya se iba.

No supo si fue por el tono duro o por lo confundida que estaba en aquellos momentos, tan aletargada como si acabase de despertar de un sueño, pero Katie no dijo nada antes de abandonar la habitación sin mirar atrás ni atreverse a levantar la vista hasta Amber.

Llevaba un par de horas sentada en el sofá de la solitaria casa en la que vivía, sin dejar de darle vueltas a lo que había ocurrido. Ese beso de James había sido... real. Ella lo sabía porque recordaba la forma en la que se movían sus labios cuando todavía la quería, pero luego... luego él se había apartado de golpe y la había mirado como si no fuese nadie importante y ella había deseado borrarle esa expresión del rostro, pero se había sentido tan confusa que tan solo había conseguido huir de allí como una cobarde.

No consiguió dejar de pensar en ese momento hasta que llamaron a la puerta. Tomó una rápida respiración, preguntándose qué haría si se encontraba a James en su porche. Darle una patada entre las piernas. O volver a besarlo. Aún no lo había decidido. Lo que sí sabía era que el James dulce, tranquilo y amable que ella había conocido años atrás, había cambiado. Abrió mientras pensaba que debería poner una mirilla en la puerta, pero allí no estaba James, sino Amber. Y traía consigo una enorme sonrisa, una botella de vino y comida para llevar que acababa de comprar en el pueblo.

Amber entró en la diminuta cabaña como si fuese algo que hacía todos los demás y se movió por la cocina con familiaridad sin dejar de hablar.

—He pensado que te apetecería un poco de pollo al curry y lasaña —dijo—. Y Hollie llegará de un momento a otro. ¿Puedo usar el microondas?

—Sí, pero ¿qué es todo esto? —preguntó.

—Esto es una velada entre amigas, nada más.

—Yo... Amber, ni siquiera sé qué decir.

La morena suspiró y se subió a la encimera de un salto mientras el microondas calentaba la comida que había traído. Se encogió de hombros.

—Pues no digas nada, tan solo deja que hable yo —pidió con voz suave—. He visto lo que ha pasado esta tarde, no era mi intención, pero... maldito el momento en el que abrí esa puerta. Y por cómo lo mirabas, imagino que sigues sintiendo algo por mi hermano.

Katie notó que se le sonrojaban las mejillas.

—No, no es verdad.



—No te estoy juzgando, así que no hace falta que me mientas —dijo—. Pero, como soy tu amiga, aunque en teoría debería estar enfadada, solo te daré un consejo: aléjate de él. Ya no es la misma persona que tú conociste y está tan dolido que no creo que sea capaz de pensar con claridad. Te lo digo para protegerte porque, a pesar de todo, no quiero que te haga daño, Katie.

Ella la miró agradecida y con los ojos húmedos antes de abrazarla con fuerza. Había echado de menos a Amber, con lo protectora y lo leal que siempre era. Y allí estaba, después de tantos años, dándole un consejo a pesar de que ni siquiera le había dado una excusa ni una explicación que justificase que se hubiese marchado sin despedirse.

—James es una buena persona, ya lo sabes —continuó diciendo Amber—. Pero no sé qué se le puede estar pasando por la cabeza en estos momentos porque, cuando te fuiste, él nunca habló de ello con nadie. Fue como si, el día que desapareciste, tu nombre pasase a ser casi algo prohibido, hasta que volviste. Durante estos años, pensé muchas veces en preguntarle qué estaba sintiendo, pero nunca me atreví. Él se volvió más... distante.

—Lo siento mucho, Amber.

—No lo digo para hacerte sentir mal, lo digo para que estés avisada.

Katie tragó saliva, angustiada, y abrió la boca dispuesta a contárselo todo, a relatarle la historia completa de lo que había ocurrido o las razones por las que ella había tomado esa dirección tan equivocada y lejos de hacerla feliz.

—Yo... cuando me marché...

Se calló cuando llamaron a la puerta.

Amber tenía los ojos fijos en ella, como si supiese que estaba a punto de decirle algo importante, pero Katie apartó la mirada y se dirigió hacia la puerta para abrirla. Hollie, con una sonrisa radiante en los labios, entró en la casa dando un saltito.

—¡Reunión de chicas! ¡Me encanta! —gritó.

—He traído pollo al curry para cenar —dijo Amber bajando de la encimera en la que había estado sentada—. Y una botella de vino, así que creo que no falta nada.

Las tres se sentaron en la mesa de madera y cada una se sirvió su plato mientras se iban pasando el recipiente lleno de comida. Se rieron recordando anécdotas de cuando eran jóvenes y la vida parecía más sencilla y sin tantas responsabilidades a la vista.

—¿Te acuerdas de Dan Crosvin, el chico con el que fui al baile del instituto? —preguntó Amber—.

Pues resulta que se casó con Susie Denton, ¿te lo puedes creer?

—¡No! —Katie rio—. ¡Pero si ella estaba comprometida con Alain!

—Así es la vida. —Amber se encogió de hombros.

Katie la señaló con el tenedor sin dejar de masticar.

—¿Y qué hay de ti? ¿Nadie especial en tu vida?

—No, nadie que valga la pena.

Hollie alzó las cejas en alto.

—Bueno, nadie, nadie...

—¿Qué insinúas?

—Te traes un asunto raro con Ezra.

—¡No es verdad! Solo... es un imbécil.

Katie las miró alternativamente a las dos.

—¿Quién es Ezra? —preguntó.

—El dueño del taller mecánico que está al lado de la cafetería en la que solemos tomar café los viernes. Ya te la enseñaremos esta semana —se apresuró a decir Hollie—. Es guapísimo, pero tiene un humor de perros.

—Humor de perros se queda corto. —Amber se apartó el cabello oscuro hacia atrás con su habitual seguridad en sí misma—. Un día, sin querer, salía de la cafetería con un café, choqué con él y le manché la camisa. Faltó poco para que intentase estrangularme allí mismo y, desde entonces, cada vez que me ve pasar por allí, gruñe como un animal. No exagero. Está tremendo, pero no compensa lo antipático que es.

—Yo creo que se gustan —añadió Hollie.

—¿Por qué no le cuentas tus *avances*? —preguntó Amber mirando significativamente a Hollie, a la que se le sonrojaron las mejillas como dos manzanas.

—¿Qué avances? —insistió Katie.

—El problema... es ese —tosió, avergonzada—. Que no hay muchos avances.

—¡¿Sigues siendo virgen?! —preguntó Amber mirando significativamente a Hollie, a la que se le sonrojaron las mejillas como dos manzanas.

—¡Shh, baja la voz!

—Aquí no puede oírnos nadie, estamos en medio de la nada; pero, Hollie, ¿cómo es posible? ¿No ha surgido con nadie? —preguntó Katie alucinada.

—No. O sí. No lo sé —contestó incómoda—. La cuestión es que he estado con algunos chicos, pero

cuando llegamos a la parte del toqueteo, no siento nada, no me gusta y siempre termino pidiéndoles que paren —explicó—. ¿Qué voy a hacer? Tengo veintisiete años y creo que voy a seguir siendo virgen toda mi vida.

—No digas eso, ya aparecerá el indicado —la tranquilizó Katie.

Juntas pasaron el resto de la noche entre confesiones, risas y recuerdos. Cuando Amber salió de allí junto a Hollie casi de madrugada y tropezando con el escalón del porche, al girarse y mirar a Katie despidiéndolas con la mano, se dio cuenta de que ya apenas había rencor en su corazón y que, pese a todo, seguía queriendo a esa chica que había crecido junto a ella.

James se apoyó en el alfeizar de su ventana y observó a Katie a lo lejos, entre la hierba que crecía salvaje en la parte trasera del rancho, arrodillada en el suelo. Ni siquiera verla trabajando para él y ocupándose de las peores tareas que había que hacer por allí, aliviaba la frustración que sentía cuando la miraba. Estaba más delgada de lo que a él le gustaría y el brillo de sus ojos había desaparecido, pero seguía siendo ella, igual de expresiva cuando sonreía y tan dulce como recordaba...

Se apartó de la ventana y se esforzó todo lo que pudo para ignorar su presencia a su alrededor, aunque no podía evitar pensar en lo rápido que su hermana la había perdonado. Él había intentado advertirle sobre ello, a pesar de que jamás hasta entonces se había metido en sus asuntos, pero Amber no parecía dispuesta a dar marcha atrás. Bien visto, por otra parte, para ella solo había sido una amiga y, en cambio, para él había sido la chica de su vida, esa con la que pensaba casarse y a la que la semana anterior a su marcha le había comprado un sencillo anillo de bodas. Suerte que no llegó a dárselo nunca, porque no hubiese soportado esa humillación. Y habían sido dos años, joder, dos años juntos a todas horas, besándose, perdiéndose el uno en el otro; dos años llenos de recuerdo, más todos aquellos en los que habían sido amigos y... solo le dejó una nota.

Cuando terminó su jornada laboral, se duchó y se cambió de ropa, porque aquel día tenía una cita. Ni siquiera le apetecía quedar, pero necesitaba quitarse de la cabeza a cierta rubia en la que no podía dejar de pensar, y Gala Dixon era la chica perfecta para eso: divertida, seductora y todo lo que él esperaba para pasar una noche agradable.

Condujo por las calles del pueblo con la radio encendida, escuchando una vieja canción de los ochenta. *A él le gustaba aquello*, pensó mientras miraba a su alrededor los comercios pequeños, las caras conocidas y las calles llenas de historias. Y, tiempo atrás, creía que Katie quería eso mismo, pero, en cambio, había preferido la gran ciudad.

Giró a la derecha cuando el semáforo se puso en rojo y aparcó a una manzana de distancia del bloque de casas de alquiler en el que vivía Gala. Caminó hacia allí con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, pensativo, y entonces la vio, como si el destino estuviese riéndose de él y colocándola delante

de sus narices todo el tiempo.

Katie estaba saliendo del supermercado.

Iba cargada con dos bolsas de papel y, al tropezar con el escalón de la acera, una de ellas se le cayó de las manos. Tres latas de conserva rodaron calle abajo y un paquete de patatas fritas y dos de tortitas de maíz aterrizaron a los pies de la chica.

James chasqueó la lengua, frustrado, pero recogió las latas que se cruzaron en su camino y avanzó hacia ella dando grandes zancadas para dárselas. Katie lo miró sorprendida, como si hasta ese momento no se hubiese percatado de su presencia.

—Muchas gracias —le dijo.

—No hay de qué.

—Quería... —titubeó nerviosa—. También quería darte las gracias por haberle dicho a Amber que mi paga fuese semanal. Ya sabes, lo necesitaba.

Los ojos negros de él se entrecerraron.

—Se llama *tener corazón*, por si no sabes lo que es eso.

—Lo sé demasiado bien —contestó enfadada.

—¿Y dónde lo escondiste?

—No lo sé, ¿dónde escondiste tú el tuyo? —atacó, porque estaba empezando a cansarse de agachar siempre la cabeza ante su tono mordaz—. Porque te recuerdo que el otro día me besaste y luego... luego te comportaste como si fuese una cualquiera.

La mirada de James relampagueó.

—Eso es porque *eres una cualquiera*.

—¿¡Cómo te atreves!?! —exclamó.

—Perdona, ¿he ofendido a la reina de la belleza? —preguntó burlón—. ¿Pensabas que volverías aquí y que todo sería como antes? ¿Eso creíste? Da gracias a que me gusta verte recoger mierda del suelo, porque si no ni siquiera tendrías ese trabajo. Y ahora, si me disculpas, tengo una cita y poco tiempo que perder.

James pasó por su lado con su caminar seguro.

Sin embargo, esa vez ella no se calló.

—¡Que te jodan! —gritó en medio de la calle.

—¿Perdona? —Él se giró—. Cuida esa boca, cariño, o tendré que despedirte.

—¡Aquí no eres mi jefe! —exclamó, sin importarle que varios vecinos hubiesen salido de los comercios cercanos para enterarse de la discusión—. Así que sí, ¡que te jodan, James Faith! ¡Eres un maldito rencoroso que solo está enfadado porque no soporta la idea de que una mujer le dejase! ¡Pues sí! ¡Lo hice, te dejé! —gritó, intentando ocultar en algún lugar profundo los motivos por los que lo hizo y lo mucho que le dolía estar diciéndole todo aquello; pero no soportaba más ver su expresión de desdén o que la mirase por encima del hombro como si no valiese nada—. ¡Supéralo!

La calle se quedó en un completo silencio.

Nadie se movió, nadie dijo nada, hasta que James dio media vuelta y caminó hacia ella con pasos largos y precisos, como un león acechando a su presa. Cuando habló, lo hizo lo suficiente alto como para que todos pudiesen escuchar lo que decía:

—Créeme, lo tengo tan superado que, cuando llegaste, tardé un par de horas en recordar tu nombre; ¿Katrina?, ¿Kaley?, ¿Karla?, ¿Kim? —Sus ojos eran dos llamas encendidas y oscuras—. Pero, ¿sabes qué? Luego pensé, ¡qué más da! ¿Acaso es importante? Al fin y al cabo, solo recuerdo estar contigo porque, por aquella época, tenías un culo de infarto y... sabías divertirme.

Katie parpadeó, pero no logró decir ni una sola palabra mientras él se giraba y se largaba de allí y los cuchicheos de los vecinos se alzaban a su alrededor. Tomó una bocanada de aire, porque sentía que se ahogaba. Al irse de allí corriendo, se dio cuenta de que estaba huyendo y se odió por ello, pero no pudo evitar seguir adelante sin mirar atrás hasta encontrar su coche. Una vez estuvo delante, se metió lo más rápido que pudo y dejó las bolsas de la compra en el asiento. No quería llorar, pero le picaban los ojos...

Era como si las palabras de James hubiesen abierto un agujero en su estómago.

Tomó un par de inspiraciones profundas, pero estaba tan nerviosa que ni siquiera era capaz de encajar las llaves del coche en el contacto. Dejó de intentarlo cuando su teléfono sonó y la sacó de aquel trance. Descolgó con rapidez.

—¿Diga?

—Buenas tardes, me llamo Tom y la llamo porque hace unos días pasó por aquí y nos dejó su tarjeta diciendo que estaba buscando trabajo. Resulta que la camarera tuvo ayer un pequeño accidente doméstico y se ha roto la pierna, así que necesitamos una sustituta durante unos meses, ¿sigue interesada en el puesto?

Katie dudó, confusa por todo lo que acababa de ocurrir, pero en cuanto logró organizar sus ideas,

respondió a toda prisa:

—¡Sí, sigo interesada! De hecho, estoy por el pueblo. Podría pasarme por allí ahora mismo si desea hacerme una entrevista...

—¿Sabe poner copas?

—Sí, de todo tipo.

Era cierto. En Nueva York, casi siempre solía trabajar de camarera a media jornada entre los múltiples castings a los que asistía y que terminaban siendo una pérdida de tiempo. Así que, servir copas y cafés, era una de las pocas cosas que sabía hacer.

—De acuerdo. Entonces, pásate directamente mañana por la noche por aquí. El turno de trabajo es desde las ocho hasta la una de la noche, menos los domingos y los lunes.

—Perfecto. Allí estaré.

—Bienvenida, Katie.

Ella colgó con una sonrisa.

Luego, se dirigió con el coche hacia el rancho para buscar a Amber y contarle la noticia. Cuando lo hizo, después de compartir con ella la llamada que acababa de recibir, la otra abrió mucho los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Qué has hecho qué?

Amber la miró indignada.

—¡Era lo mejor! No quiero seguir trabajando para James, porque eso solo hace que las cosas sean más difíciles y no soporto tanta tensión y tanto rencor.

—Pero, Katie, si necesitabas más dinero, solo tendrías que habérmelo dicho...

—No es por eso. Es que no quiero que James tenga ese poder sobre mí, depender de él me angustia. Le estoy agradecida por haberme ayudado cuando lo necesitaba, a pesar de que está claro que solo lo hizo por venganza, pero creo que ha llegado el momento de que tome mi propio camino, porque la situación... es complicada...

Amber frunció el ceño y la miró preocupada.

—¿Qué te ha hecho mi hermano? ¿Estás intentando ocultarme algo?

—No, qué va. Todo lo contrario; a estas alturas ya lo sabrá la mitad del pueblo, así que vas a enterarte lo quieras o no. Esta tarde me crucé con él al salir del supermercado y tuvimos una discusión.

—Una discusión —repitió—. Típico de vosotros.

—Sí, en medio de la calle, con un montón de vecinos siendo testigos de cómo tu hermano aseguraba haber salido conmigo solo por mi culo y porque era una chica fácil.

Amber se puso en pie.

—¡Voy a matarlo!

Katie negó con la cabeza y le sonrió.

—No hace falta. Te lo agradezco, pero no quiero que eso se interponga en nuestra relación, así que será mejor que lo dejemos fuera.

Amber asintió, aún sin estar muy convencida, y luego pasaron el resto de la tarde pintándose las uñas en su habitación, como cuando eran unas crías, y hablando de cosas sin importancia. Cuando Katie se despidió de ella ya era tarde y, mientras se dirigía hacia su cabaña, no pudo evitar pensar en James y lo que estaría haciendo en esos momentos. Seguramente se encontraría en la cama de una chica, disfrutando de su cita. Sacudió la cabeza, enfadada por darle vueltas y por desear que la realidad fuese muy diferente.



Sintió los labios de la joven en el cuello, dándole un pequeño mordisco, pero antes de que le desabrochase los botones de la camisa, James dio un paso hacia atrás, respirando con dificultad. Se pasó una mano por el pelo, confundido.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Gala.

—Nada, es solo que esta noche...

—Estás de lo más raro —dijo.

—No me encuentro bien —mintió, o en realidad no, porque era cierto que no era su mejor día. Sentía una sensación de angustia en el pecho. Desde que esas palabras habían salido de sus labios... no podía quitárselas de la cabeza.

—Quedamos mañana, ¿entonces?

—No lo sé. Ya te llamaré.

Se despidió de ella con un beso suave en los labios y luego salió de allí y regresó a casa. Aunque él solía tener líos esporádicos a menudo, Gala había sido la única mujer con la que había repetido más de una vez. Era agradable y, además, quería de él lo mismo que él de ella, algo que hacía que la relación fuese perfecta y sin tensiones.

Cuando entró en su cuarto, se desvistió y se dejó caer en su amplia y solitaria cama, pensando en lo mucho que dolía no poder quitarse a Katie de la cabeza. Cerró los ojos y recordó una mañana de verano en la que ambos se bañaban en aquel tramo de río que siempre solían frecuentar juntos. Ella tenía las piernas alrededor de su cintura mientras lo besaba y el agua fluía entre ellos. Todo era perfecto. Sus cuerpos pegados, tan juntos, sus respiraciones mezclándose entre caricias y susurros. Su bonita sonrisa bajo la luz del sol cegador del mediodía...

Se dio la vuelta y enterró la cabeza bajo la almohada al recordar lo que le había dicho en la puerta del pequeño supermercado del pueblo. Él jamás había sentido tanta rabia en su interior, zarandeándolo sin control. Y se odiaba por haber sido capaz de gritarle esas palabras, porque no eran ciertas. Puede que ahora ya no quedase nada de todo aquello y que la decepción fuese tan grande que impidiese ver nada

más allá, pero la única verdad era que James la había querido con toda su alma y el corazón abierto. Decirle eso aquella tarde había sido como manchar la amistad durante su infancia y los dos años llenos de luz que habían pasado juntos.

En algún momento, entre recuerdos, se quedó dormido. Cuando despertó a la mañana siguiente, bajó, se hizo un desayuno con un zumo de naranja y un par de huevos revueltos y luego salió al exterior. Por suerte, Katie no estaba por allí y tan solo vio a dos trabajadores antes de montar en su furgoneta y conducir hasta un pueblo vecino para hablar con algunos de sus proveedores habituales. Como era tarde cuando terminó las visitas de rigor, comió por allí con un amigo en una cafetería que hacía esquina y, unas horas después, puso rumbo de nuevo hacia Sound River.

Cuando llegó al rancho, todo estaba en calma y supuso que haría un par de horas que Katie se habría marchado tras cumplir con su jornada de trabajo. Lo cierto era que, aquel día, había evitado a propósito su presencia, porque bien podría haber pospuesto la visita a los proveedores un par de semanas más.

Llamó a Amber a gritos cuando entró en casa, pero la mujer que se encargaba del servicio le dijo que su hermana había salido media hora antes de que él llegase. James pasó el resto de la tarde ordenando algunas tareas pendientes y, después, se duchó, cenó y se dirigió hacia el local del pueblo a tomar una copa para despejarse.

Se entretuvo al entrar porque un grupo de chicas a las que conocía lo saludaron y le preguntaron qué tal le iba todo. Tras charlar un rato corto con ellas, se dirigió hacia la barra y sus ojos rápidamente se fijaron en la cascada de cabello rubio que caía por la espalda de la joven que estaba poniendo una cerveza. James frunció el ceño, porque aquel pelo ondulado le resultaba familiar, muy familiar, cosa que comprendió en cuanto ella se giró y se dirigió hacia otro hombre sentado en la barra para darle su bebida.

James parpadeó confundido sin apartar los ojos de ella.

—¿Te sirvo algo? —preguntó Katie.

—¿Qué haces aquí? —gruñó él.

—Trabajando, como ves.

—No tiene gracia, Katie.

—Es que no estoy intentando ser graciosa —dijo—. ¿Quieres algo de beber o no? Porque tengo a varios clientes esperando y un par de mesas que atender.

Él respiró profundamente, aunque algo en su interior se removió al darse cuenta de que la chica que

tenía frente a él, con el trapo en la mano apoyada sobre la cadera, era la misma que recordaba: la Katie decidida e imprevisible.

—Un whisky —pidió secamente.

—Vaya, empiezas fuerte —se burló ella antes de servirle en un vaso y dejarlo sobre la barra con más fuerza de lo necesario—. Cuidado, no te atragantes.

James iba a responder, pero ella desapareció de allí al salir tras la barra y dirigirse hacia las mesas del fondo que todavía tenía que atender. Aunque a lo largo de la noche fueron apareciendo algunos amigos con los que él pasó el rato, fue incapaz de apartar la mirada de ella. Durante horas, sus ojos negros estuvieron fijos en la chica que deambulaba de un lado a otro del local sirviendo a los clientes.

Su hermana y Hollie aparecieron por allí poco más tarde y lo invitaron a unirse a ellas en una mesa, pero él rechazó la oferta y se largó de allí sin decir una palabra.

Era ya de madrugada cuando Katie terminó su primer día de trabajo. Había sido agotador y se había equivocado tres veces al servir una copa, pero el dueño era amable y no se lo había tenido en cuenta. Conforme fueron pasando las horas dentro del local, ella empezó a sentirse más cómoda, especialmente cuando James se levantó de su taburete, dejó un billete encima de la barra y se marchó sin mirarla.

Katie intentó no fijarse en lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros y esa camiseta oscura que vestía y se ajustaba a sus hombros. Llevaba el pelo un poco despeinado y, a pesar de que todavía era primavera, tenía el rostro bronceado y una barba incipiente que comenzaba a cubrir su mentón masculino.

Ella intentó deshacerse de esos pensamientos, pero no pudo lograrlo porque, cuando llegó hasta la cabaña de invitados en la que vivía y bajó de su viejo coche, se encontró de nuevo con ese chico atractivo que le había robado el corazón siendo apenas una niña. Estaba en su porche, sentado en los escalones de madera y mirando el suelo pensativo, pero se puso en pie en cuanto la escuchó llegar. Katie caminó decidida hacia su casa con la intención de que no notase lo nerviosa que la ponía su inesperada visita. Buscó en su bolso las llaves, en medio de la oscuridad del prado. A su alrededor, se escuchaban los grillos y el viento que sacudía algunas ramas de los árboles.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Él estaba junto a ella, mirándola desde arriba y respirando despacio.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Hacer qué? —cuestionó.

—Ya lo sabes. Dejar el trabajo.

Katie se giró enfadada y se enfrentó a él tras conseguir encajar la llave en la cerradura de la puerta y abrirla con un chasquido.

—¡Lo he dejado porque no quería deberte nada más! ¡Ni trabajar para alguien que se dedica a humillarme delante de todo el pueblo! —exclamó—. Deberías estar contento o celebrándolo en algún sitio. Ya no podré recoger mierda a todas horas en el rancho, pero piensa que al menos te librarás de mi presencia por allí.

Ella se dio la vuelta y se metió en la casa a toda prisa, intentando huir de él, pero antes de que pudiese cerrar la puerta, James entró tras ella, colándose en su casa.

—No era cierto... —susurró con la voz rota.

Katie tragó saliva con fuerza.

—¿A qué te refieres?

—Lo que te dije ayer por la tarde.

—No hace falta que hagas esto, James...

—Joder, era mentira. —Se acercó peligrosamente a ella, hasta que las caderas de Katie chocaron con la mesa del salón—. Fuiste importante para mí. Lo fuiste. Ahora ya no, pero... en su momento...

No dijo nada más. En cambio, se inclinó hasta encontrar su boca y la besó. Sus labios se acariciaron durante unos segundos con torpeza, hasta que Katie se apartó.

—Esto es un error. No puedo.

*Aunque quiero hacerlo*, se dijo ella.

—El error es tener que verte cada día y, a pesar de todo el rencor, seguir deseándote. El error es tenerte tan cerca... —Él se calló, su cuerpo tembloroso estaba apoyado contra ella—. ¿Por qué has vuelto, Katie? ¿Por qué tenías que removerlo todo?

Katie tembló ante esas palabras, porque lo último que quería era contarle que había fracasado y que, después de tirar por la borda todo lo bueno que había tenido en su vida, lo único que había conseguido habían sido un par de sesiones de fotografías, algún contrato poco rentable y trabajar en más de diez cafeterías de la gran ciudad.

Pero se vio tan incapaz de confesarle todo aquello... que terminó rodeándole el cuello con los brazos y atrayendo de nuevo su rostro hacia ella. James correspondió el beso con desesperación, como si

necesitase beber de su sabor. Hundió la lengua en su boca y los dos gimieron a la vez cuando se acariciaron en un baile dulce.

James emitió un gruñido y la alzó para sentarla sobre la mesa que tenía a su espalda. Katie le rodeó la cintura con las piernas sin dejar de besarlo. Ya no podía pensar en nada más, solo en el tacto suave de su cabello entre sus dedos y en la familiaridad de su cuerpo contra el tuyo. Lanzó un gritito cuando él metió la mano debajo del vestido que llevaba y le acarició el muslo desnudo con la palma masculina, recorriéndola con los dedos. Katie sintió que la piel se le ponía de gallina y quiso llorar de felicidad al darse cuenta de que, pese a todo, hacía años que no deseaba tanto a un hombre. Ninguno de los chicos con los que se había acostado mientras vivía en Nueva York había despertado en ella esas ganas y esa necesidad; siempre se había visto obligada a fingir más de lo que estaba sintiendo, incluso cuando las caricias la dejaban fría y llena de desasosiego.

Con James todo era diferente, era *más*.

Sin pensar, mientras los dedos de él tocaban el borde de su ropa interior, ella buscó el dobladillo de su camiseta y se la quitó por la cabeza. James respiró entrecortadamente y su pecho subió y bajó a cada bocanada de aire que tomaba sin dejar de mirarla desde arriba, manteniéndola tumbada sobre la mesa de madera. Se mantuvo quieto mientras ella bajaba las manos hasta la hebilla de su cinturón para desabrochárselo. El corazón le latía tan fuerte que apenas podía escuchar nada más aparte de los latidos. Solo tenía ojos para ella. Solo podía pensar en estar con ella.

Casi con desesperación, se quitaron el uno al otro la poca ropa que les quedaba encima. Cuando la tuvo completamente desnuda frente a él, tumbada sobre la mesa, James sintió un escalofrío trepando por su espalda. Deslizó las manos por su cuerpo, como si estuviese recordando cada tramo de esa piel lisa y suave que tantas veces había acariciado, y luego, con la mente nublada y tras ponerse protección, se hundió en ella de una embestida. Katie dejó escapar un gemido y se sujetó a sus hombros conforme él comenzaba a moverse más rápido y más profundo. No dejó de hacerlo mientras alzaba la cabeza hacia ella y ponía una mano sobre su mejilla para obligarla a mirarlo.

—Dime que has pensado en esto durante estos últimos ocho años...

—Lo pensaba. Muchas veces —admitió jadeante.

James estuvo a punto de terminar solo por escucharla decir aquello, confesar que había pensado en él. Le sujetó el muslo sobre la mesa al tiempo que se hundía en ella con más intensidad, notando cómo se retorció de placer bajo su cuerpo hasta alcanzar el clímax. Y cuando lo hizo, él se dejó llevar y se

abandonó al placer apretando la mandíbula con fuerza para evitar gemir su nombre.

Katie observó confundida cómo James volvía a subirse los pantalones vaqueros antes de buscar la camiseta negra que ella había tirado al suelo para volver a ponérsela por la cabeza. Movida por un impulso, cogió el vestido que todavía estaba a un lado de la mesa, arrugado, y se cubrió con él rápidamente. Tenía la boca seca y el corazón todavía le latía acelerado después de lo que acababa de ocurrir.

—¿Ya te marchas? —preguntó con un nudo en la garganta.

Él se mostró incómodo.

—Sí, será lo mejor.

—¿Después de esto?

—¿Qué esperabas? —Torció la boca—. Nada ha cambiado.

Ella se puso en pie y se enfrentó a él con furia.

—¡Lo cambia todo! —gritó.

—¿Qué pretendes?

—¡No lo sé! Pero al menos... deberíamos intentar volver a ser amigos. Comportarnos como dos personas normales. Sé que te hice daño y lo siento mucho, James. Pero no puedo hacer nada para cambiarlo y no vas a sentirte mejor por hacerme lo mismo.

James se quedó unos segundos en silencio, mirándola fijamente en la oscuridad de la estancia casi sin respirar. Ella tenía razón, a pesar de todo el daño y de todo el rencor del que no sabía cómo desprenderse, sabía que Katie tenía razón.

—Está bien. Amigos. Y esto...

—Esto ha sido un desliz tonto —se apresuró a decir ella, temerosa de que ese inesperado momento de paz se rompiera por ello.

Él asintió con la cabeza y la suspiró.

—Así que, mañana, no estarás en el rancho.

—No. —Ella rio—. Seguro que echarás de menos poder verme haciendo el ridículo a tu alrededor, ¿no

es cierto?

—Un poco —admitió y, luego, le mostró una sonrisa pequeña. Aunque el gesto fue efímero, Katie se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír de verdad desde que había puesto un pie en Sound River semanas atrás.

—De todas formas, quizá me pase para hacerle una visita a Amber. Ahora no entro a trabajar hasta las siete de la tarde y voy a estar muy aburrída por aquí.

James asintió con la cabeza y después se encaminó hacia la puerta a paso lento. Antes de salir, se despidió de ella dándole un corto beso en la mejilla. Ya en el coche, todavía aletargado por todo lo que acababa de suceder, supo que, por mucho que intentase negarlo, ella seguía dentro de su piel, pero estaba dispuesto a luchar para impedir que llegase más hondo y que volviese a convertirse en una debilidad para él...

A la mañana siguiente, cuando despertó, Amber estaba esperándolo en la cocina.

—¿Dónde estuviste ayer por la noche? —preguntó sin sutilezas.

Él cogió una manzana del frigorífico y le dio un mordisco.

—Con Katie, ¿algún problema?

—Sí, el problema es que quieres hacerle daño y eso es... —negó con la cabeza—. Ni siquiera tengo palabras para describir lo que es. ¿Estás intentando vengarte de ella o algo parecido? Porque me parece hasta demasiado retorcido para venir de ti.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —La miró cabreado.

—¿No fuiste tú el que la contrató como venganza?

—No es lo mismo. Vale, cuando la contraté quise ponérselo difícil, pero lo hice porque sabía que necesitaba un trabajo. Y en cuanto a lo que ocurrió anoche, no, no fue una venganza. Pero sigo sin confiar en ella, si es eso lo que te interesa saber.

—¿Qué quieres decir con *lo que ocurrió anoche*? —preguntó Amber alarmada—. Oh, no, déjalo, no quiero saberlo.

Él se echó a reír.

—Buena elección.

—¡Eres un idiota! —protestó dándole un codazo.



—Y tú una metomentodo —replicó James.

Amber se puso seria de repente.

—No es eso, sabes que no me gusta inmiscuirme en tus asuntos, pero es que, por mucho que la odiase por haberse marchado, en el fondo también la he echado mucho de menos. Era mi mejor amiga, James. No es difícil eliminar del todo a una persona que ha sido tan importante durante tantos años, es como si siempre quedase algún resto...

—Pues deja de preocuparte, porque ayer firmamos una tregua.

—¿Lo dices en serio? —preguntó esperanzada.

—Sí. Vamos a intentar ser... amigos.

—¡Eso es genial! —Amber lo abrazó.

James dejó que su hermana lo retuviese entre sus brazos durante un largo minuto, pero no pudo evitar pensar que ojalá él pudiese perdonar y olvidar con la misma facilidad que Amber. A pesar de todo, seguía teniendo sus dudas y un malestar interno cada vez que pensaba en ella. No dejaba de preguntarse qué ocurriría si mañana aparecía alguien por el pueblo dándole una oportunidad, ¿se iría al día siguiente sin mirar atrás? Porque no era justo que Amber, Hollie, él y todos los demás habitantes de Sound River le abriesen sus corazones si ella pensaba volver a marcharse a toda prisa.

Y lo peor de todo era el recuerdo de su cuerpo bajo el suyo y sus gemidos haciéndole cosquillas en la oreja mientras se hundía en ella una.

¿Cómo iba a poder no desearla cada vez la viese?

Katie limpió la casa y luego pasó buena parte de la mañana fuera, quitando algunas malas hierbas que trepaban hacia el porche e intentando poner un poco de orden, aunque había tanto trabajo por hacer que parecía imposible que fuese a conseguir terminarlo nunca. Hacia el mediodía, tras comer algo rápido, estaba tan aburrida que decidió acercarse caminando hacia el rancho de los Faith con la esperanza de que Amber estuviese libre y pudiese tomarse con ella un café.

Mientras andaba hacia allí, recordó lo que había ocurrido la pasada noche con James. Había sido... inesperado, pero también reconfortante porque, al menos, ahora sabía que ella todavía era capaz de sentir algo entre los brazos de un hombre; deseo, libertad y muchas más cosas que ni siquiera podía analizar.

Y a pesar de que ella anhelaba mucho más, le estaba agradecida solo por el mero hecho de recordarle lo que era esa sensación de hormigueo y de sentirse deseada.

Sintió un vuelco en el estómago cuando distinguió a lo lejos su figura. Estaba a lomos de su caballo, un ejemplar de color marrón oscuro. En cuanto la vio, se acercó a ella galopando a paso lento entre la hierba que crecía a sus anchas por el terreno. Llevaba un sombrero y parecía feliz y sonriente.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados por culpa del sol.

—¿Dando un paseo? —preguntó James.

—Algo así. No tenía nada mejor que hacer.

—Haber venido antes. Siempre almuerzo solo.

—Para la próxima —contestó—. ¿Está Amber en casa?

—No, ha salido a comprar. Deberías usar el teléfono más o menudo.

—Odio este aparato —admitió tocándose el bolsillo del pantalón.

Él la miró desde arriba del caballo, sin soltar las riendas.

—Nadie diría que vienes de la gran ciudad.

—Puede que sea porque, en el fondo, no vengo de allí.

James le sonrió y luego bajó del caballo con un solo movimiento. Ahora que Katie ya no tenía que ir al rancho para buscar a Amber, sencillamente se dejó llevar y caminó por el prado sin ninguna dirección

concreta. Él no hizo preguntas ni intentó guiarla, tan solo se quedó a su lado, hablando con calma, disfrutando del sol.

—¿Y había algo que te gustase de la gran ciudad?

—Algunas cosas. —Katie se encogió de hombros—. El helado de vainilla, por ejemplo. Conocía un sitio en el que hacían un helado increíble, te habría encantado.

—Lo dudo porque a mí no...

—Ya, no te gusta el de vainilla —se adelantó ella con una sonrisa—. Lo recuerdo. Pero, confía en mí, el de chocolate era casi mejor.

James inspiró con fuerza al darse cuenta de que ella aún recordaba todas esas cosas. El caballo avanzaba a su lado, cogido de las riendas, con pasos pausados.

—¿Y qué es lo que menos te gustó?

*Mi vida allí, que era infeliz*, deseó contestar, pero no lo hizo.

—Lavar la ropa. O el ruido.

—Suenan soportable —dijo él.

—Sí, pero no era como esto.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

Ella decidió que, por una vez, sería sincera en algo.

—No era así, tan libre todo, con tanto espacio verde —contestó abarcando su alrededor con los brazos mientras giraba sobre sí misma. Él sonrió al verla bailar sola en medio de la hierba—. Me gusta más esto. Me da más paz.

—Pareces tú. La Katie de siempre.

—Siempre lo he seguido siendo, James.

Él no contestó, aunque estuvo a punto de decir que *lo dudaba*, pero no quería echar lecha al fuego ahora que por fin parecían poder estar hablando cinco segundos en calma sin tirarse cosas en cara. Siguieron así un rato más, caminando sin ninguna dirección y charlando. James le habló de la muerte de su padre, que había sufrido un infarto al corazón durante la madrugada, y ella le confesó que su vida en Nueva York no había sido tan idílica como seguramente él pensaba. Cuando el sol comenzó a esconderse, Katie se despidió de él diciéndole que lo mejor sería que regresase ya para cambiarse e irse a trabajar, pero James insistió en acompañarla a casa caminando.

—Supongo que nos hemos puesto al día —comentó ella cuando, media hora después, puso un pie en el

primer escalón del porche.

Él sonrió y, al verla allí plantada delante de él, intentó no mirarla, pero fracasó.

—Algo así. Es difícil resumir ocho años, aunque, como ves, mi vida no ha cambiado demasiado durante ese tiempo.

Ella entrecerró los ojos.

—Yo creo que sí has cambiado.

—¿De veras? ¿En qué, exactamente?

—No lo sé, pero pareces diferente.

James se encogió de hombros, pero no contestó. Incluyó el ala del sombrero antes de despedirse de ella y montar en el caballo. Katie lo vio marchar por el camino de piedra que conducía al rancho. Solo al entrar en casa, se dio cuenta de que tenía un nudo en el estómago, como si hubiese estado conteniendo la respiración durante todo el tiempo mientras paseaba a su lado. ¿A quién quería engañar? Estar con James cerca nunca sería tan fácil como hacerlo junto a un amigo. Estar con James era mucho más complicado y caótico, porque él despertaba en ella esos sentimientos que llevaban tanto tiempo dormidos y, en una parte de su interior, Katie deseaba liberarlos y dejarlos salir.

Katie limpió la barra por cuarta vez y eso que solo hacía una hora que el bar había abierto, pero los clientes no eran precisamente cuidadosos. Amber estaba sentada junto a Hollie en el taburete de enfrente y las dos le hacían compañía hasta que el sitio se empezase a llenar más entrada la noche, cuando acudían la mayoría de los jóvenes del pueblo y de algunas zonas más pequeñas de los alrededores.

—Así que habéis hecho las paces —dijo Amber.

—Me alegro mucho por vosotros. —Hollie sonrió.

—No ha sido exactamente como *hacer las paces*. Es más bien una tregua, volver a ser amigos. No creo que él vaya a perdonarme nunca lo que le hice *como pareja*, pero al menos podemos comportarnos como dos personas normales y civilizadas.

—¿Sin tensiones? —preguntó Hollie.

—Más o menos. Imagino que con el tiempo...

—Sí, eso es. Apenas hace un mes que llegaste, las cosas se irán calmando poco a poco, ya lo verás —dijo Amber sonriente—. Además, ya va siendo hora de que mi hermano lo supere. Entiendo que le dolió, pero eráis jóvenes, casi unos niños, ¿quién en su sano juicio se compromete hoy en día a los diecinueve años? —Negó con la cabeza.

Pero hubo algo en esa frase que llamó la atención de Katie, que se giró tras servirle una cerveza a un cliente que estaba en el otro extremo de la barra. Se acercó a las chicas.

—¿Comprometerse? —preguntó confundida.

Amber arqueó las cejas con suavidad.

—¿Acaso no lo estabais?

—Oh, Dios mío... —susurró Hollie.

—Necesito que seas más específica —le pidió Katie al sentir que se quedaba sin aire en los pulmones viendo el rostro contrariado de Hollie.

—Os ibais a casar, ¿no es cierto? —Amber la miró ceñuda—. Dos semanas antes de que te fueses, yo misma acompañé a mi hermano a la ciudad para ir a buscarte un anillo de compromiso. ¿No llegó a

pedirte matrimonio?

Katie sintió que le temblaban las rodillas.

Recordó de repente una conversación a la que no le había dado importancia, cuando unos días antes de su huida él le había pedido que el próximo sábado no fuesen al cumpleaños de una antigua compañera del instituto y que cenasen ellos dos solos junto al río. Y ella le había dicho que sí, aunque por aquel entonces ya se sentía inquieta.

Se sujetó a la barra para sostenerse en pie.

—Iba a pedirme... a pedirme que me casase con él —gimió.

—Sí. Nosotras pensábamos que lo había hecho —aclaró Amber mirando a Hollie—. Lo di por supuesto. Nunca pude hablar con calma con él después de que te marchases. Se encerró mucho en sí mismo y fue complicado...

Amber dejó de hablar de golpe, en cuanto vio a su hermano entrar con un andar despreocupado en el local. Llevaba el cabello oscuro algo despeinado y vestía unos vaqueros cómodos y una camiseta que se ajustaba a su fuerte pecho. Katie notó que se le secaba la boca al verlo tan guapo mientras avanzaba por el pasillo y sintió el tonto impulso de querer tocarlo de nuevo o viajar atrás en el tiempo para deshacer todo lo que había ocurrido. Su marido... hoy en día James Faith sería su marido si ella no hubiese escapado de allí como una cobarde incapaz de pedir ayuda por orgullo.

Lo saludó con nerviosismo.

Hollie y Amber intentaron disimular que estaban hablando de él un minuto atrás y rápidamente comenzaron a charlar sobre el instituto en el que Hollie trabajaba.

—Rubia —la llamó James bromeando—. ¿Me pones una cerveza?

Ella sonrió, a pesar de lo nerviosa que estaba, y le sirvió la bebida.

Pasada media hora, había dos chicas alrededor de él, riendo casi cada vez que abría la boca e intentando desplegar todos sus encantados. Eran de un pueblo cercano que habían venido a divertirse y a Katie le resultaron irritantes sus voces agudas.

—¿En qué trabajas para estar tan en forma? —preguntó una de ellas.

—¿Vives aquí en Sound River? —se interesó la otra.

Katie no pudo evitar fijarse en cómo los tres se alejaban hacia una de las mesas del fondo, justo la que estaba más hacia la derecha y tenía un tabique delante que le impedía verla bien. *Mejor para mí*, pensó, porque si seguía pendiente de cada uno de sus movimientos terminaría rompiendo alguna copa o

volviéndose loca.

Y así fue avanzando el resto de la semana. Los días eran tranquilos al no ser viernes ni sábado y no acudía demasiada gente al local, así que trabajar le resultaba fácil. Por las noches, cuando llegaba a casa, Katie se tumbaba en la cama y le venía a la cabeza la imagen de James en una tienda, eligiendo un anillo para ella, solo para ella, entre los muchos que habría en el escaparate. A Katie nunca le habían gustado las joyas, pero el jueves por la noche se dio cuenta de que le habría encantado llevar el anillo que James hubiese elegido para ella, como un acto de amor, de compromiso.

Le dolía pensar en todo lo que había dejado atrás.

Quizá por eso, el viernes al mediodía, cuando quedó con las chicas a merendar en la cafetería que solían frecuentar, estaba desganada y triste. Algo que no le mejoró cuando, al sentarse junto a ellas, notó que las mujeres que estaban en la mesa de al lado empezaban a cuchichear entre ellas. Puso los ojos en blanco.

—Alegra esa cara —pidió Hollie.

—Estoy cansada de que todo el pueblo empiece a hablar de mí cada vez que entro en cualquier sitio —se quejó—. ¿Hasta cuándo durará? Ya llevo un mes aquí. El otro día, cuando fui a la panadería, se hizo un silencio tan sepulcral que pensé que me había equivocado de sitio y estaba en un velatorio.

—En Sound River no hay nada mejor que hacer, la gente se aburre mucho y les encantan los chismes —dijo Amber—. ¿Qué tal con mi hermano? Ayer intenté enterarme de algo y no me dejó ni acabar la frase antes de pedirme que me metiese en mis asuntos.

Katie sonrió. La verdad era que James siempre había sido un poco reservado, aunque ahora lo era todavía más, pero ya desde joven era poco dado a hablar de cosas personales y prefería actuar antes que usar las palabras, porque se le daba mejor.

Esa semana él había ido dos veces a su casa durante la hora del almuerzo y habían comido juntos, sin hablar demasiado, pero tranquilos. El segundo día, él había fijado la mirada en la mesa de madera sobre la que le había hecho el amor aquella noche en la que los dos se dejaron llevar y luego, mostrándose incómodo, le había dicho que tenía que irse. Katie aún lo conocía lo suficiente como para saber qué estaba pasando por su cabeza en cada momento. Seguramente, se arrepentía de ese instante de debilidad. Ella, en cambio, pensaba que era lo mejor que le había pasado en los últimos años, porque había sido como un regalo antes de la despedida definitiva, un último recuerdo de él que llevaría para siempre en su memoria y que podría rescatar cuando quisiese.

—Bien, normal. Creo que está intentándolo.

De pronto, Amber levantó la mirada con pesar.

—Mierda, ahí viene Don Idiota.

—En realidad, se llama Ezra —le susurró Hollie a Katie, que no parecía enterarse de lo que estaba ocurriendo hasta que siguió la vista de las otras dos.

El chico que entraba por la puerta tenía el cabello castaño y los ojos de un azul tan impresionante que se distinguía a varios metros de distancia. Sin embargo, su semblante era serio y un poco hostil, como si estuviese enfadado con el mundo que lo rodeaba. Como para demostrarlo, en cuanto distinguió a Amber al otro lado de la cafetería, frunció el ceño. Ella, sin pensárselo dos veces, alzó la mano y le mostró el dedo corazón.

Katie y Hollie estallaron en carcajadas.

El tal Ezra hizo una mueca de disgusto.

Luego, se acercó a la barra, pidió un café para llevar y salió de allí a toda prisa.

—Lo digo en serio, se gustan —repitió Hollie sonriente.

—Creo que no entiendes bien el verbo *gustar* —replicó Amber.

—Hay química —apoyó Katie—. Vamos, no me digas que no te pone a tono.

—¿Y a quién no? Es muy... atractivo —dijo lentamente, como si le costase pronunciar una palabra positiva en lo referente a él—. Pero no lo aguanto. Si tanto te gusta a ti, Hollie, deberías intentar tener algo con él. Puede que Ezra te saque de tu bloqueo.

—No, no es mi tipo. No me van los chicos malos.

—Eso dicen todas antes de probarlos —contestó Amber y las tres se echaron a reír de nuevo consiguiendo que las mujeres de al lado levantasen miradas reprobatorias hacia ellas. Amber se giró cabreada—. ¿Ustedes qué miran? Por si tienen tanta curiosidad, sí, esta chica rubia de aquí es Katie Wilson. Y sí, también volvemos a ser amigas. Ya pueden seguir cuchicheando sobre otras personas.

—¡Qué modales! —exclamó una de ellas.

—¡Menuda chica tan descarada!

Amber puso los ojos en blanco y las ignoró.

Katie le dirigió una mirada agradecida desde el otro lado de la mesa.



El local estaba lleno de gente el viernes por la noche. Katie apenas tenía un segundo libre entre tantos pedidos y, además, varios jóvenes que estaban alrededor de la barra intentaban coquetear con ella a la menor oportunidad, así que tenía que hacer el esfuerzo de ser simpática a pesar de desear darles un puñetazo en la cara.

¿Acaso no se daban cuenta de lo ocupada que estaba en esos momentos?

—Gracias, preciosa —dijo uno cuando le sirvió su copa—. ¿Qué tiene que hacer un chico como yo para conseguir tu número de teléfono? Porque estoy dispuesto a cualquier cosa que me pidas —agregó.

—Lo que tiene que hacer es cerrar la boca si no quiere buscarse problemas —respondió una voz a su espalda. Una voz que pertenecía a James Faith.

Katie quiso agradecerle el gesto, pero no era lo más apropiado para su trabajo.

—No te preocupes, yo me encargo —le dijo.

James asintió a duras penas y se alejó con incomodidad.

Intentó pensar en otra cosa durante toda la noche, pero era incapaz de no darse cuenta de cómo la miraban los tíos que estaban a su alrededor. Cuando salió tras la barra para servir una mesa y uno de ellos intentó darle una palmada en el trasero, James estuvo a punto de ir allí y liarse a puñetazos con él, cosa que habría ocurrido si ella no hubiese esquivado la mano tras lanzarle una mirada feroz al chico. Le gustaba verla así, con ese carácter fuerte que siempre había tenido y esa sonrisa inmensa.

Enfadado consigo mismo, dedicó el resto de la noche a conocer a una chica de un pueblo cercano que no dejaba de hablar sobre su negocio de peluquería, aunque a él le interesaba bien poco. Nada que ver con lo que ocurría cuando estaba con Katie. Con ella podía ser él mismo y no hablar si no tenía ganas de hacerlo, por ejemplo, como había ocurrido durante el último día que habían almorzado juntos. O, todo lo contrario, contarle cualquier cosa que le interesase, como los avances del rancho o lo primero que se le pasase con la cabeza. En cambio, con la mayoría de las mujeres que conocía para pasar una sola noche y no pensar en nada, era incapaz de relajarse y solo deseaba que la charla terminase cuanto antes por lo incómodo que lo hacía sentir.

—Creo que, si pintase la pared de color rosa, quedaría mejor.

—Seguro que sí —contestó él sin interés.

—O verde manzana, ¿qué opinas tú?

—No sabría decirte, los dos colores están bien.

—Eso es trampa, tienes que decidirte por uno.

James hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco y, por suerte, su hermana y Hollie aparecieron a su lado, sacándolo de aquel lío. La chica le dijo que volvería en un momento porque necesitaba ir al servicio.

Amber apoyó una mano en su hombro.

—Vaya, veo que últimamente te falta tiempo para pasar el rato con cualquier desconocida. Nunca te había visto tan interesado.

—Eso es porque no te cuento mi vida.

—O porque estás desesperado.

—Deja de decir idioteces.

James se alejó de su hermana y se perdió entre la gente que bailaba animada en medio de la pista del local. Entonces, se dio cuenta de la mirada cariñosa que Tom, el jefe del lugar, le dedicaba a Katie mientras los dos hablaban tras la barra y él señalaba unas copas. James sabía qué era lo que significa esa mirada, porque él mismo la había tenido más de una vez ante el rostro de esa misma chica. Sacudió la cabeza y se enfadó por fijarse en aquello, porque no era de su incumbencia y ni debería importarle.

A la mañana siguiente, Katie se despertó tardé y estuvo un rato dando vueltas en la cama, sin ganas de levantarse. Pensó en cómo era su vida ahora y se dio cuenta de que estaba agradecida pues, a pesar de que no todo era tal y como ella hubiese deseado, se sentía mucho más feliz que cuando vivía en Nueva York. Allí tenía a Amber y a Hollie, y un trabajo que no estaba nada mal, y su alrededor le resultaba familiar.

Luego estaba él, James.

Verlo cada noche coqueteando con una chica diferente se estaba convirtiendo en un suplicio para ella. Quizá por eso, o porque de repente le entraron ganas de pasar un rato con él como en los viejos tiempos, se levantó, se vistió y se encaminó hacia el rancho. Tal como había esperado, él estaba en las cuadras,

con los caballos. Ella entró sin hacer ruido, con las manos en la espalda, y lo saludó tímidamente.

—Buenos días —dijo.

James se sorprendió al verla.

—¿Qué te trae por aquí?

—Quería... ver a Amber... —empezó a decir, pero luego sacudió la cabeza y decidió ser sincera—.

En realidad, quería verte a ti. Pensé que, ahora que somos amigos, podríamos pasar un rato juntos. Como en los viejos tiempos.

—Como en los viejos tiempos —repitió él lentamente, como si estuviese valorando esas palabras antes de dar una respuesta. Alzó una ceja en alto—. ¿Te apetece montar?

Ella sonrió y poco después los dos estaban a lomos de los caballos avanzando por el prado verde que se extendía frente a ellos. Hablaron poco, tan solo dejaron que el viento de la primavera les acariciase sin dejar de cabalgar y de disfrutar de la sensación de libertad y tranquilidad, sin ni un alma alrededor, tan solo naturaleza y silencio.

Pasado un rato, casi a trote, llegaron hasta el tramo de río que dividía en dos el Condado. Katie tiró de las riendas para obligar al caballo a ir más despacio y contempló aquel prado en el que los dos habían pasado tantas horas durante su juventud. James pareció entender en qué estaba pensando ella, porque con un movimiento ágil bajó de su caballo y lo guio hasta una zona en la que crecía la hierba para que comiese un rato. Ella hizo lo mismo.

—Quizá... no deberíamos haber parado aquí —se atrevió a decir.

—¿Tanto te afecta? —preguntó él.

La luz del sol se reflejaba en sus ojos oscuros y ella pensó que, en todos los años que había estado en la gran ciudad acudiendo a fiestas llenas de hombres imponentes, jamás había conocido a uno que fuese tan atractivo como James.

—No. O sí. No lo sé, pero creo que hay muchos otros lugares que...

—¿Por qué te fuiste? —La cortó él de repente.

—¿Para qué quieres saberlo?

James expulsó el aire que contenía. Luego, con los nervios a flor de piel, comenzó a caminar de un sitio a otro y se revolvió el pelo con la mano. Volvió a mirarla.

—Tienes razón, olvídale.

Katie intentó que no notase su decepción.

Ella todavía no le había contado a nadie la verdad, pero si lo hacía quería saber que la otra persona estaba dispuesta a comprenderla sin juzgarla. Si James le hubiese dicho que *quería entenderla*, o cualquier otra razón que Katie valorase, se lo habría confesado.

Ninguno dijo nada más mientras se sentaban en el claro, frente al río, y se quedaban allí contemplando el agua correr. Entonces, Katie rompió en silencio.

—La vida en Nueva York no fue como me imaginaba —admitió.

—¿Y qué era lo que imaginabas? Porque nunca me lo dijiste.

—Imaginaba que sería independiente.

James la miró ceñudo.

—No te entiendo.

—Yo quería poder ganar mi propio dinero y no tener que depender de otra persona. Puede que sea difícil de entender, pero necesitaba librar mis propias batallas y al final... fracasé. Llegué aquí con un par de billetes en el bolsillo y ese viejo coche que temía que me dejase tirada a medio camino y me di cuenta de que seguía siendo la misma persona que se marchó de aquí, una chica tonta y sin futuro.

—Joder, no digas eso, Katie.

—Es la verdad, James. —Ella lo miró con los ojos húmedos, sin esconderse—. Probé y volví a fallar. Amber y tú siempre fuisteis fuertes, con mucho carácter, no necesitabais que nadie os defendiese. Y Hollie era y es brillante, tan inteligente y empática que a veces me da miedo. Pero yo... yo no era nadie.

—Si no cierras la boca... —James iba a decir que él mismo encontraría otras formas de cerrársela, como dándole un beso, que era lo único en lo que podía pensar en esos momentos, pero terminó calmándose y tan solo le rodeó la espalda con un brazo y la atrajo con suavidad hacia su pecho—. No vuelvas a decir algo así. Tú eras la estrella, y no por lo que estás pensando, sino porque tenías el don de entrar en una habitación y conseguir iluminarla solo con tu presencia. Cuando te fuiste, se fue también una parte de la alegría. Y también eras valiente, arriesgada y decidida. Me encantaba eso de ti.

Ella aspiró el olor de James, con la cabeza todavía apoyada en su pecho firme.

—¿De verdad pensabas eso de mí? —preguntó a media voz.

—Lo pensaba... y lo pienso —confesó.

Katie no respondió a aquello, pero le estaba tan agradecida que le entraron más ganas de llorar. Consiguió controlar las emociones que pugnaban por salir y cuando volvieron a levantarse y a montar los caballos, ella ya era de nuevo la misma de siempre, con esa máscara que la protegía para no parecer

débil delante de los demás.

Cabalgaron hasta el rancho y, una vez llegaron, él le dijo que tenía que irse a atender unos asuntos de trabajo, pero que esa noche se verían en el local mientras ella trabajase. Katie asintió con la cabeza y antes de verlo marchar, gritó tras él:

—James, gracias. Gracias por todo.

El local volvió a llenarse hasta los topes al ser sábado noche. A las once, Katie todavía no había visto a ninguno de sus amigos, porque estaba demasiado ocupada tras la barra sirviendo bebidas y preparando copas. En cambio, James sí la había visto a ella. Es más, no había hecho otra cosa desde que había llegado hasta ahí. Era incapaz de apartar los ojos de ella o de lo cómoda que se mostraba con su jefe, Tom Jenson. Cada vez que hablaban algo entre ellos cuando se cruzaban tras la barra, ella sonreía y lo hacía de esa manera natural y sincera con la que solía sonreírle a él tiempo atrás.

Con los puños apretados, se obligó a calmarse antes de acercarse a la barra para pedir una cerveza. A Katie se le iluminó la mirada al verlo; esa misma mañana habían cabalgado juntos, codo con codo, y James se había sorprendido al descubrir lo que ella pensaba de sí misma, porque era una imagen muy alejada a lo que él imaginaba.

—Ahora mismo te la sirvo, ¿algo más?

—No lo sé, ¿tú estás en la carta?

Katie alzó una ceja y lo miró divertida.

—¿Te has levantado bromista de la siesta?

Él apoyó el brazo en la barra y le dio un trago a la cerveza antes de contestar.

—Algo así. ¿A qué hora terminas de trabajar?

—Hoy saldré tarde —contestó ella—. Le prometí a Tom que le ayudaría con el inventario, así que me quedaré un rato después de cerrar.

James apretó la cerveza con fuerza para evitar hacer o decir ninguna tontería, pero al final su impulsividad habló por él.

—Vaya, veo que habéis congeniado bien.

—Es agradable que alguien en este pueblo no me juzgue, sí —admitió ella. Giró la cabeza cuando la llamaron un par de clientes—. Perdona, tengo que atenderles. Luego hablamos, James. —Aunque se despidió de él con una sonrisa, eso no lo tranquilizó.

Por primera vez sintió la duda debatiéndose en su pecho. No supo por qué, pero tuvo el impulso de

retenerla y no dejar que se marchase, quería pedirle que se quedase allí con él, como habían estado esa misma mañana, como si nada malo hubiese ocurrido nunca entre ellos. Pero como no era cierto, James se concentró durante el resto de la noche en intentar ignorar cómo Tom le rozaba la mano a Katie cada vez que pasaba por su lado o le tendía un trapo para limpiar la barra. Junto a algunos amigos que aparecieron por allí, hizo un esfuerzo por divertirse. Así que, cuando su hermana llegó más tarde, disfrutó con Hollie y ella en medio de la pista y, cuando una hora después se levantó de la mesa de unos colegas en la que se había sentado, se dio cuenta de que iba un poco borracho. Estaba lo suficiente bien como para no necesitar ayuda, pero era cierto que notaba su cuerpo relajado y le importaba bien poco cualquier cosa que pudiese ocurrir a su alrededor en esos momentos. Puede que, por eso, cuando vio que Tom le susurraba algo al oído antes de que Katie saliese tras la barra hacia el pequeño almacén, decidiese seguirla sin pararse a pensar más de dos veces en lo que estaba a punto de hacer.

Katie se dio la vuelta en cuanto la puerta a su espalda se cerró y, al ver allí a James, en aquella habitación diminuta llena de cajas de refrescos y otras bebidas, se llevó una mano al pecho.

—¡Qué susto me has dado! ¿Qué estás haciendo aquí, James? —preguntó y, como él no contestó, lo miró por encima del hombro tras bajar una de las cajas—. Ahora sí que estás empezando a asustarme, ¿qué es lo que te pasa...?

Pero no tuvo tiempo de terminar la pregunta.

James se inclinó hacia ella y la besó. Sus labios chocaron y él la alzó y la sostuvo contra su cuerpo pegándola a la pared del almacén. Le acarició la mejilla con una mano mientras se apretaba todo lo posible a ella, luchando por contener las ganas que tenía de quitarle la ropa allí mismo y saciar el hambre que despertaba en él. Gimió su nombre antes de dejar una línea de besos por su cuello y volver a besarla. Katie se separó con suavidad.

—¿Por qué haces esto...?

—Porque te deseo. Mucho.

*Solo deseo*, se repitió ella, nada de *te quiero*.

—No puedo, no podemos.

Él dio un paso atrás, soltándola.

—¿Es por él? —preguntó tenso.

—No sé ni de quién estás hablando.

—Tom, tu jefe. He visto cómo te mira.

—Te estás equivocando, James —le advirtió.

—Si tantas ganas tenías de tener a un hombre en la cama, solo tendrías que habérmelo dicho. Eso puedo dártelo —dijo burlón y ella se contuvo para no darle una bofetada.

—Voy a olvidar esto porque sé que estás borracho, pero eres un idiota.

Se giró para salir del almacén, pero él la retuvo.

—¿Por qué? ¿Por qué me dejaste? —preguntó de repente—. ¿Qué es lo que hice mal? Dímelo. Dime qué fue lo que no te di.

Ella alzó la mirada para evitar llorar.

—Me lo diste todo, James.

—Está visto que no fue así.

—La culpa fue mía, ¿vale? Me equivoqué.

Él sacudió al cabeza, sin saber qué más decir, y de pronto el alcohol dejó de ser algo que lo impulsase y se convirtió en decaimiento y ganas de marcharse de allí y perderla de vista. La soltó, dejando que se marchase. Una vez se quedó solo en el almacén, se sentó en una de las cajas con la cabeza entre las piernas, preguntándose cómo iba a poder seguir con su vida normal teniéndola allí a todos los días, a todas horas...

Era imposible. Totalmente imposible.

Y por eso tomó una decisión.



El domingo, Katie se despertó con dolor de cabeza, así que se tomó una aspirina tras terminarse del desayuno y se tumbó en el sofá, donde pasó el resto de la mañana con los ojos cerrados, pensando en todo lo que James había dicho la noche anterior. Ella nunca había imaginado que él se sentiría todavía tan inseguro con respecto a lo que había ocurrido, aunque podía entenderlo. James había sido el chico de oro del pueblo y el más popular de su curso y quizá no estaba acostumbrado al rechazo. Puede que eso hiciese que su marcha fuese un doble golpe para él, por una parte, haberla perdido y por otra parte mirarse a sí mismo y empezar a preguntarse por sus carencias.

Estaba anocheciendo cuando llamaron a la puerta.

Katie esperaba ver ahí a Amber o a Hollie, a pesar de que habían quedado en encontrarse el lunes al mediodía para tomar café, pero se topó con James.

—He traído la cena —dijo antes de colarse en su casa sin que a ella le diese tiempo a invitarlo a entrar—. ¿Te siguen gustando las patatas con zanahoria?

—Aún son mis preferidas —admitió.

—Menos mal —sonrió y sacó dos platos del armario.

—¿Qué estás haciendo, James?

—Cenar contigo, ¿no te apetece?

—Sí, pero...

—Pensaba que éramos amigos.

—Y lo somos, claro. Es solo que no te esperaba por aquí —dijo cogiendo dos vasos y llevándolos a la mesa. Le tembló la mano al dejarlos allí al darse cuenta de que, en esa misma mesa, semanas atrás, le había hecho el amor.

—He pasado por la casa de comida para llevar, he visto estas patatas y... me he acordado de ti —contestó como toda explicación.

Katie no quiso decir nada más y se sentó a la mesa frente a él. Los dos se sirvieron en sus platos y cenaron mirándose el uno al otro en el silencio del comedor. La tensión parecía ser palpable a su

alrededor, como si se pudiese cazar, y tanto él como ella eran muy conscientes de esa sensación que flotaba en el ambiente.

—Están muy ricas las patatas —admitió Katie.

—Recuerdo que querías comer esto a todas horas... —dijo James negando con la cabeza—. ¿Qué persona en su sano juicio se pierde por un trozo de zanahoria?

—Me encantan. —Katie se encogió de hombros.

—Siempre tuviste un punto raro.

—Pues a ti parecía gustarte —atacó ella.

—Sí, y no sabes cuánto —replicó divertido.

Al terminar, ella se levantó con un suspiro y dejó los platos en la pila. Cuando se giró, él estaba delante y un segundo después la tenía arrinconada contra la encimera con una mano a cada lado. Katie respiró hondo al sentir su aliento.

—En realidad, venía a proponerte algo. Pero pensé que sería mejor decírtelo al terminar de cenar, porque no quería que te atragantases —bromeó.

—¿De qué se trata? —preguntó ella intentando esconder su nerviosismo, pero lo cierto era que el corazón le latía a toda velocidad y temía que él lo escuchase.

—Se trata de ti y de mí y de dejar que las cosas fluyan.

Los latidos de Katie se tornaron más y más fuertes.

—¿Quieres que volvamos juntos? —preguntó con un hilo de voz, pero en seguida vio que se había equivocado, porque la expresión de él era fría.

Quiso que la tierra se abriese bajo sus pies y se la tragase.

—Quiero que volvamos a *divertirnos* juntos, para ser más exactos.

—No sé si te estoy entendiendo.

—Claro que sí. Me refiero a *esto*... —dijo alzando la mano hasta su pecho—. O a *esto*... —siguió mientras bajaba por su estómago—. Los dos nos deseamos, ¿por qué estar con otras personas si podemos pasárnoslo bien entre nosotros?

*Un pensamiento con mucha lógica*, se dijo Katie, pero pronto supo que no era tan fácil, porque entre ellos siempre quedaría ese resquicio de lo que habían vivido. Recordó lo que Amber y Hollie le habían contado la semana anterior y sintió un escalofrío.

—Sería complicado...

—Dime que no me deseas.

No podía decírselo y él lo sabía.

Los labios de James se perdieron en su cuello hasta llegar a su boca y Katie no logró contener el temblor de su cuerpo en respuesta a aquel beso. Cerró los ojos y solo los abrió cuando él se apartó de repente con una sonrisa satisfecha en la cara.

—Quizá... podría funcionar... —admitió, porque no soportaba más las ganas que tenía de tocarlo—.

Pero a cambio de algo. Una respuesta.

—¿Una respuesta? —Frunció el ceño.

—Sí, a una pregunta, claro.

—Lo he entendido —dijo antes de succionarle el labio inferior y de hacerla gemir en su boca. Sus pupilas negras se dilataron aún más mientras sus manos masculinas comenzaban a recorrerle el cuerpo de arriba abajo—. Cuanto antes me hagas esa pregunta, casi mejor, porque no puedo dejar de tocarte...

Katie cogió aire para prepararse.

—¿Ibas a pedirme matrimonio?

—¿Qué? —James la soltó de golpe.

—Me enteré hace unos días —explicó.

Él pensó en negarlo todo. De repente, volvió a ser ese crío iluso eligiendo un anillo entre los cientos que había tras aquel escaparate de cristal, pensando en cuál de todos esos sería perfecto para ella después de darle algún retoque personal.

Al volver a la realidad, una máscara cubrió sus facciones.

—Sí, iba a hacerlo. Quería pedirte que te casases conmigo. Era un idiota.

—No, no lo eras. James, lo siento mucho.

—Olvidalo. Ya tienes tu respuesta. Y ahora...

Ella posó las manos en su pecho, parándolo.

—Espera. ¿Y qué hiciste con el anillo?

Él enarcó las cejas, asombrado por la pregunta.

—Lo tiré —contestó secamente.

Katie lo miró horrorizada.

—¿Lo tiraste? ¿Tiraste el anillo?

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—No sé, podrías haberlo devuelto.

James se puso serio y la sujetó de la barbilla para obligarla a mirarlo.

—Escúchame bien, ese anillo iba a ser tuyo o de nadie.

—¿Qué significa eso?

—Lo hice por encargo. Lo elegí yo y no quería que ninguna otra persona lo tuviese. Y ahora vamos a parar de hablar, porque necesito esto... —añadió antes de robarle un beso.

Y luego todo se resumió en ver quién conseguía quitarle la ropa al otro más rápido. James la despojó de los pantalones y la camiseta antes de cargarla en brazos y llevarla hasta la habitación para dejarla sobre la cama. Una vez allí, se tumbó sobre ella y la besó por todas partes hasta que no quedó ni un tramo de piel que no hubiese estado en contacto con sus labios, llevándola al límite con apenas un roce de su lengua antes de hundirse en ella y volver a recordarle por qué, algún día, años atrás, fueron la pareja perfecta.

Katie removi6 su caf6, aunque el az6car se hab6a disuelto hac6a un rato, y escuch6 atentamente los consejos de sus amigas que no dejaban de repetirle *ten cuidado, o ni se te ocurra pillarte por 6l, o espero que sepas lo que est6s haciendo*. Cuando la verdad era que ella no lo ten6a a6n demasiado claro. Era viernes por la tarde y las tres hab6an acudido a su cita de rigor en la cafeter6a, justo despu6s de comer. Durante esa semana, tras lo que ocurri6 el domingo entre ellos, solo hab6a visto a James otro d6a m6s, el martes, y el encuentro entre ellos fue corto, aunque placentero. 6l le hab6a asegurado que esa semana estaba un poco ocupado por cuestiones de trabajo y ella no hab6a querido preguntarle nada m6s porque, seg6n sus normas, su relaci6n ahora era tan solo una amistad con, por lo visto, derecho a roce. En resumen, y tal como hab6a dicho Amber en cuanto se lo hab6a contado, *un suicidio emocional en toda regla*.

—¡Deja de poner esa cara de lela! ¡Mir6ndote, cualquier dir6a que ya est6s enamorada hasta las trancas! —se quej6 Amber.

—No digas tonter6as.

—Espero que est6s segura de lo que haces —dijo Hollie, que casi nunca sol6a meterse en asuntos ajenos. Ese d6a, la chica llevaba el cabello recogido con un pasador con forma de hoja y el pelo suelto ca6a sobre sus hombros. Katie no pod6a entender c6mo era posible que ning6n hombre hubiese visto todav6a todo el potencial y la belleza que hab6a en ella.

—Lo tengo todo controlado —contest6 como un aut6mata—. Y, por cierto, ah6 llega tu hombre. Ten6is raz6n, es guap6simo.

Ezra desvi6 la mirada hacia la mesa en la que ellas estaban en cuanto las vio y luego la apart6 con un gesto hosco y de desagrado. Amber se encendi6 de inmediato.

—¿Qui6n se ha cre6do que es para mirarnos as6?

—Tampoco es para tanto —a6adi6 Hollie.

—¿¡Qu6 no es para tanto!?! Pero si se comporta como si le deb6semos la vida! Es m6s, pienso aclarar este asunto de una vez por todas. Ahora vuelvo.

Y dicho aquello y dejándolas alucinadas, se levantó de la mesa y, cuando él salió de la cafetería, lo siguió por la acera llamándolo a voz de grito.

—¡Eh, tú, Don Idiota! —exclamó—. Sí, te digo a ti.

Ezra la miró sorprendido, con el café todavía en la mano.

—¿Estás hablando conmigo? —preguntó.

—¿Y con quién si no? Ya va siendo hora de que alguien te aclare que no eres el rey del mundo y que es innecesario que parezca que estás oliendo mierda cada vez que te cruzas conmigo. Solo te tiré un café. Uno. Y fue sin querer —dijo hablando alto y claro.

—Entiendo... —Él la miró de los pies a la cabeza, deteniéndose en las caderas y en el bonito top naranja que vestía y que resaltaba su bronceado. Dio un paso hacia ella, intimidándola con su mirada azul—. Entonces, supongo que esto no te molestará demasiado —dijo justo antes de vaciarle el café encima.

—¡MALDITO SEAS! —Amber gritó y se apartó hacia atrás dando un salto.

Tenía el top naranja empapado de café y apenas podía respirar de la rabia que la invadía en esos momentos. Él se quedó delante, mirándola con una sonrisa pretenciosa en los labios.

—¡Ups, fue sin querer! —se burló—. La próxima vez piensa bien lo que dices antes de abrir la boca, cariño. Y, ahora sí, ya estamos en paz.

—¡Si vuelves a llamarme *cariño*...!

—Mejor no te pongas en evidencia delante de toda la calle —añadió cuando se dio cuenta de que estaban empezando a llamar la atención y tenían espectadores.

Después, todavía sonriente, Ezra se dio la vuelta y se dirigió hacia su taller silbando.

Cuando Amber entró de nuevo en la cafetería, estuvo a punto de ponerse a gritar otra vez. Katie y Hollie, que habían presenciado toda la escena desde el ventanal que daba a la calle, no podían dejar de reír, a pesar de que a su amiga no le hacía ninguna gracia que lo hiciesen. Incluso a Hollie le había entrado hipo, lo que hacía que la situación fuese aún más desternillante.

—No te enfades, Amber... —pidió Katie entre risas.

—¡No estoy enfadada, estoy a punto de matar a alguien!

Hollie rio más fuerte y, al final, las tres se marcharon de allí directas hacia el rancho para que Amber pudiese cambiarse de ropa. Una vez lo hizo, se pasaron el resto de la tarde en la habitación, hasta que Katie se dio cuenta de que ya era la hora de marcharse si quería picar algo de cenar antes de acudir a trabajar al local y se despidió de ellas.

—Nos vemos esta noche —le dijeron las dos al unísono.

Estaba a punto de bajar las escaleras, cuando unas manos le rodearon la cintura y la atrajeron hacia un pecho duro y cálido que se pegó a su espalda. James le hizo cosquillas en el oído cuando se inclinó hacia ella para susurrarle.

—Me encanta cómo te queda este vestido.

Katie sintió que le ardían las mejillas solo ante un comentario tan tonto como ese, como si volviese a ser esa niña de diecisiete años que cayó rendida a sus pies. Dejó que tirase de ella hacia atrás hasta meterla en su habitación y cerrar la puerta rápidamente.

—Y me gusta aún más quitártelo —añadió James.

Le dio un beso largo y húmedo que a ella la hizo delirar antes de que sus manos se perdiesen bajo la tela del vestido azul que se había puesto después de comer. Cuando encontró su ropa interior, tiró de ella hacia abajo sin mucha delicadeza y se desabrochó el cinturón antes de sostenerle la rodilla en alto con delicadeza y penetrarla allí mismo, contra la puerta de su dormitorio. Con ella era tan fácil encajar...

Las manos de James se movieron por todo su cuerpo mientras la embestía sin cesar, besándola y hundiendo sus dedos largos en su cabello rubio y suelto.

—Katie... —susurró contra su boca—, Katie...

—Dime lo que sientes —pidió ella, jadeando.

—Lo siento todo. Siempre. Contigo.

Y luego se dejó ir mientras la abrazaba con fuerza, sosteniendo su cuerpo. Cuando se apartó, todavía tenía la mirada borrosa, como si acabase de despertar de un letargo. Así era como James se sentía cada vez que estaba con ella. Era como una droga. Tosió y se aclaró la garganta antes de volver a colocarse los pantalones en su lugar.

—No quería decir eso. No es cierto.

Katie sintió cómo las palabras se le clavaban en el corazón como dagas afiladas y deseó que él jamás hubiese corregido aquello, porque ella quería creer que la quería, pero, mientras tanto, se conformaba con lo poco que él podía darle.

—James, deberíamos hablar.

—Ahora tengo que irme.

—Pero... —Se llevó una mano temblorosa a los labios, donde aún sentía su sabor.

—Quizá en otro momento, Katie.

Ella supo que no había nada más que decir.

Sin mirar de nuevo hacia él, se giró y salió de la habitación.



—Dentro de dos semanas es el baile de inauguración.

—¿Qué baile? —preguntó Katie y Hollie la miró como si estuviese loca.

—¡El baile que inaugura el verano! Oyéndote, nadie diría que te pasaste diecinueve años viviendo aquí.

—Es verdad, lo había olvidado.

El baile de inauguración era, en efecto, un baile que se celebraba en la plaza del pueblo y al que acudían todos los vecinos. Cada uno asistía vestido con sus mejores galas para dar la bienvenida al verano y con un plato de algo de comida que hubiese traído de casa y que se colocaba en la mesa principal para que todos pudiesen probar de cualquiera de los manjares que allí se servían. Durante toda la noche, se bailaba, se bebía y se charlaba bajo las estrellas y el aire templado de la estación que estaba a punto de llegar.

—¿Tienes algún vestido que ponerte? —preguntó Hollie.

—Creo que no. Dejé toda la ropa sofisticada en Nueva York. Tendré que comprarme algo —dijo, pensando en cuándo podría acercarse al pueblo vecino para hacerlo.

—Te acompañaremos. Yo creo que repetiré el mismo que el año pasado.

—Ah, no, eso está prohibido —se apresuró a decir Amber—. Este año tienes que estar deslumbrante, ¿quién sabe si esa noche podrías cruzarte con el hombre de tu vida? Ya sabes que el cambio de estación tiene un algo mágico.

—Te lo estás inventando.

—No es verdad y, aunque así fuese, hazme caso, esa noche habrá mucha gente y es una buena oportunidad para conocer a chicos guapos y solteros.

—Pareces mi madre —se quejó Hollie.

—No es cierto. Solo quiero que seas feliz.

Hollie hizo un puchero, pero al final abrazó a su amiga porque sabía que tenía razón. Amber era muy protectora y siempre se había preocupado tanto por ella como por Katie y todos los que la rodeaban.

—Está bien, podemos ir este próximo sábado ¿no os parece?

—Por mí, perfecto —dijo Katie.

—No se hable más —concluyó Amber sonriente.

El viernes por la noche, la jornada en el local fue como todas las demás, con mucho movimiento y tareas que atender. Tantas, que Katie apenas pudo prestarle atención a James, que parecía un niño pequeño llamándola cada dos por tres para pedirle tonterías como *un posavasos*, o decirle que la cerveza que le había servido estaba *muy fría*, o llamarla para comunicarle *lo guapa que estaba esa noche*. Katie tuvo que controlarse para no lanzarle el abridor de las bebidas que sostenía en la mano.

—¿Qué ocurre contigo, James? —preguntó cabreada.

—No sé de qué hablas, ¿no puedo hacerte un cumplido?

Ella se inclinó sobre la barra para que nadie más los escuchase.

—¿Acaso no ves que estoy muy ocupada?

—Antes tenías tiempo para hablar con Tom —replicó.

—Estaba hablando de trabajo —dijo enfadada.

James ignoró su cabreo y le dio un trago a su bebida antes de sonreírle. Por alguna razón, verla con Tom despertaba en él un instinto que creía haber perdido porque, durante todos aquellos años, no había sentido ni un ápice de celos por nadie, nunca, y ahora ahí estaba de nuevo esa sensación de angustia en la boca del estómago, como si le susurrase al oído que iba a perder de nuevo a Katie, que un día abriría los ojos y ya se habría marchado o, peor aún, estaría con el idiota de Tom, muy lejos de su alcance.

—No me cae bien —resumió.

—Deja de comportarte como un niño.

Aquello le dolió. Mosqueado, James se levantó del taburete y se alejó de allí. Pasó la noche con sus amigos, divirtiéndose, y cuando una chica morena y alta se acercó a él y le preguntó cómo se llamaba, no la esquivó tal y como había hecho las noches anteriores desde que había llegado con Katie a aquella especie de acuerdo, sino que le siguió dando cuerda, sin molestarse en disimular. La joven tenía veinticinco años y no paraba de reírse de cada cosa que él decía. *Ojalá con Katie fuese tan fácil*, se dijo James.

—Así que estás soltero —volvió a repetir ella.

—Algo así —contestó él, sintiéndose incómodo de repente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la chica tocándose el pelo.

Katie, que pasaba por allí con una bandeja y los había oído, se inmiscuyó en la conversación sin ningún tipo de vergüenza. Ya estaba cansada de agachar la cabeza.

—Significa que está soltero del todo. Te lo puedo asegurar. Disfrútalo.

Y dicho aquello, se marchó hasta la mesa en la que tenía que dejar las bebidas. Estaba tan cabreada que no le hubiese sorprendido que alguien le dijese que le salía humo de las orejas. James la detuvo antes de que pudiese llegar de nuevo hasta la barra.

—Oye, espera, ¿qué te ocurre?

—Me ocurre que estoy cansada de tus tonterías. Si quieres estar con ella, adelante. Hazlo.

—¿Mis tonterías? —Se rio sin humor—. Te recuerdo que me abandonaste, ¿qué esperabas ahora? ¿Qué me lanzase a tus brazos nada más verte llegar?

Katie apretó los puños y se recordó que estaban en medio de la pista del local y, aunque nadie parecía estar mirándolos, tampoco quería darles la excusa para hacerlo.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con eso?

—Claro, para ti es fácil decirlo. Tú te largaste a Nueva York, pero yo me quedé aquí escuchando todos los malditos días la misma historia, soportando las miradas de lástima de la gente y que hablasen por lo bajo cada vez que me acercaba al pueblo.

—Pues lo siento, ¡lo siento mucho! Pero no es justo que me castigues toda la eternidad por eso. Si no quieres saber nada más de mí, lo entenderé —dijo con un nudo en la garganta—. Pero toma una decisión, James.

—¿Y si no quiero tomarla? —la retó.

—Entonces, supongo que aprenderemos a comportarnos como dos viejos conocidos que un día se quisieron y ahora ya no tienen nada en común —concluyó con tristeza antes de esquivarlo y regresar a la barra que ya estaba rodeada por clientes insatisfechos.

James desapareció y ella rezó para que él no hubiese decidido lo que tanto se temía.

Al día siguiente, el sábado, Hollie recogió a las otras dos chicas con su escarabajo azul, un coche del que se había enamorado el año anterior. Juntas, escuchando música actual en la radio y sonrientes, se encaminaron hacia el pueblo vecino, que quedaba a unas veinte millas de distancia y era mucho más grande que Sound River. Allí, por suerte, sí que había varias tiendas de moda y entraron en varias antes

de dar con una que vendía vestidos sencillos pero elegantes para esa noche especial.

Entre risas, estuvieron probándose algunos.

Amber se puso en vestido azul y se miró en el espejo desde varios ángulos.

—Te queda genial y es muy bonito —dijo Hollie.

—Sí, no te lo pienses más y cómpratelo.

Katie fue la siguiente en dar con lo que estaba buscando. Era de un tono verde pálido y el tejido era suave y se ajustaba a su cuerpo casi como una segunda piel. Todas estuvieron de acuerdo en que era perfecto para darle la bienvenida al verano y que favorecía el leve bronceado de su piel y el contraste con su cabello rubio y largo.

En cambio, a Hollie le estaba costando encontrar el vestido adecuado. Tras varias horas de búsquedas y probarse más de una docena de vestidos con diferentes cortes, estilos y acabados, tenía el ánimo por los suelos y lo único que deseaba era regresar a casa.

—¡No digas tonterías! Seguro que encontraremos algo —la animó Amber.

—Es imposible. Tengo las caderas demasiado anchas.

—¿¡Caderas anchas!? —exclamó Katie—. ¡Ya quisiera yo tener tus curvas!

—Nadie quiere curvas —se quejó Hollie desde dentro de probador.

—¡Los hombres quieren curvas! —insistió Katie.

—Y tú las tienes muy bien puestas —añadió Amber.

—Chicas, esto no está funcionando...

Justo en ese instante, Katie vio un vestido colgado de la percha que supo que sería perfecto para su amiga. El problema era que tenía que convencerla para que se lo probase, porque Hollie jamás aceptaría ponerse algo así, ya que siempre solía ser discreta e intentaba pasar lo más desapercibida posible.

—Hagamos un trato —le gritó Katie desde el otro lado del probador—. Te pruebas un último vestido y, si no te convence, nos vamos a comer y nos olvidamos del tema.

Amber sonrió al entender su intención.

—Si no, insistiremos hasta que nos odies.

—Está bien —cedió tras suspirar—. Pasadme el vestido.

Hollie abrió una rendija de la puerta todavía vestida con la ropa interior y Katie le tendió la prenda. Unos segundos después, se echó a reír con Amber en cuanto la escuchó protestar al descubrir cómo era la prenda.

—¡Has prometido que te lo pondrías! —insistió Amber.

—Sí, y lo estoy haciendo, pero esto es...

—Atrevido. Arriesgado. Potente.

—Yo diría vulgar —corrigió Hollie.

—De vulgar no tiene nada. Vamos, sal para que podamos verte bien.

Hollie parecía una ardilla asustada cuando abrió la puerta y permitió que sus amigas la viesan enfundada en ese vestido de color rojo intenso, con un escote en forma de uve que dejaba a la vista la sombra de su preciosa delantera, y un dobladillo de gasa que terminaba justo por encima de la rodilla. La tela, brillante y llamativa, le abrazaba la cintura y se apretaba en torno a sus curvas, revelando un cuerpo deslumbrante.

—Estás, estás... no tengo palabras —dijo Amber.

—Yo tampoco. —Katie estaba emocionada—. ¡Tienes que llevártelo!

—¿Os habéis vuelto locas? —Miró a Katie—. ¿Esto es porque quieres que la gente del pueblo deje de hablar de ti y empiece a hablar de mí? ¡De ninguna manera! Pienso quitármelo ya mismo porque...

—¡Hollie Stinger, si no sales de esta tienda con ese vestido, pienso dejar de ser tu amiga! ¿Acaso no te ves? —insistió Amber cogiéndola por los hombros y obligándola a que se diese la vuelta para que se mirase en el espejo—. Estás despampanante. No te pido que lo hagas por llamar la atención de ningún hombre, te pido que lo hagas por ti, porque tienes un cuerpo precioso y ya va siendo hora de que camines por la calle orgullosa de ello.

Hollie tenía lágrimas en los ojos.

Las tres se fundieron en un abrazo y, cuando salieron del establecimiento, lo hicieron con una sonrisa y una bolsa atada por un lazo que escondía el vestido perfecto.

Comieron en un restaurante cercano y, poco después, regresaron a Sound River porque Katie debía de trabajar esa noche. Ella no le había contado a ninguna lo que había ocurrido la pasada noche con James, porque no quería estropearles el día, pero estaba nerviosa ante la idea de lo que pudiese ocurrir. ¿La saludaría como si todo hubiese terminado entre ellos y solo fuesen viejos conocidos? ¿O llegaría y se comportaría como siempre?

No pudo averiguarlo, porque él nunca apareció.

Katie sabía que lo que estaba haciendo era una locura, pero era incapaz de quedarse de brazos cruzados. Llamó a la puerta por tercera vez con los nudillos, a pesar de que era bien entrada la madrugada porque acababa de salir de trabajar, y se quedó allí hasta que, al final, James abrió. Por su cabello despeinado y su ropa deportiva, era evidente que había estado durmiendo. La miró sorprendido.

—¿Qué haces aquí, Katie?

—No has venido al local...

Él suspiró profundamente.

—Pensé que sería lo mejor.

—¿Y eso qué significa?

James sujetó la puerta con una mano y clavó la vista en el suelo, pensativo. Cuando volvió a enfrentarse a Katie, lo hizo siendo sincero como no lo había sido durante mucho tiempo. Pensó que, lo mejor, era decirle la verdad.

—Porque he estado pensando mucho en lo que dijiste ayer y creo que tenías razón. Yo no consigo olvidarlo todo, confiar de nuevo en ti a ciegas, pero entiendo que no puedo seguir machacándote por eso toda la vida. No quiero hacerte daño —explicó—. Lo peor es que sufrimos los dos, así que creo que, por ahora, deberíamos intentar tomar caminos separados y ya veremos hacia dónde nos conduce eso.

Katie tardó en asimilarlo. Quería llorar.

—¿Hacia dónde nos conduce? —preguntó.

—Puede que... si consigo no sentirme así...

—James... —Había un rastro de súplica en su voz cuando se atrevió a abrirle su corazón—. Yo te quiero. Te quiero. Y pensaba que podría conformarme con tenerte de la manera en la que tú querías, solo como algo físico, pero...

Él tragó saliva con fuerza.

—Ha pasado mucho tiempo, Katie.

—Tratándose de ti, el tiempo nunca fue importante —confesó—. Y habría confiado en ti si tan solo te

hubieses mostrado un poco abierto a comprenderme —dijo, y luego salió corriendo de allí, bajó los escalones casi a ciegas y montó en su coche.

No supo nada más de James a lo largo de la semana. Ella evitó acercarse al rancho y cada vez que quería ver a Amber, quedaban en su casa o en la de Hollie. Y él no hizo el menor intento por ir a buscarla o dejarse ver por el local en el que ella trabajaba. Los dos eran conscientes de que se estaban evitando. Katie no podía dejar de pensar en todo lo que le había dicho y la mirada dura que había obtenido como respuesta. ¿Desde cuándo James se había convertido en un tipo tan frío y rígido? ¿Dónde estaba ese chico de sonrisa dulce que a ella le había enamorado? Entendía que se sintiese dolido o que no estuviese dispuesto a mantener de nuevo una relación con ella, pero si tan solo le hubiese preguntado de verdad qué le había ocurrido ocho años atrás, con ganas de escucharla sin juzgarla, ella se lo hubiese confesado todo con los ojos cerrados.

Así que, el sábado, cuando llegó la hora de acudir al baile que inauguraba el verano, Katie estaba más nerviosa que nunca ante la idea de volver a ver a James, si es que se dejaba caer por allí. Una semana sin saber nada de él había sido tal sufrimiento que ahora no era capaz de comprender cómo había conseguido estar años lejos de ese hombre.

Se puso el vestido verde y esperó hasta que Hollie pasó a recogerla. Tal como recordaba, su amiga estaba espectacular.

—¿Por qué llevas ese pañuelo en el cuello? No hace frío. Y cuelga demasiado...

—Por eso. Para que me tape un poco —explicó.

—¡No! Vamos, dámelo ahora mismo.

Entre forcejeos, Katie consiguió quitarle el pañuelo y dejar a la vista el bonito escote que ese vestido le hacía. Hollie se había recogido parte del cabello, pero algunos mechones ondulados caían con gracia a ambos lados de su rostro y estaba preciosa.

Habían quedado con Amber en la puerta de una floristería que hacía esquina con la calle principal y la encontraron diez minutos después esperando delante de la persiana cerrada. Les sonrió al verlas y, juntas, caminaron hacia la plaza a un paso más lento de lo normal debido a los tacones que llevaban puestos. Una vez llegaron allí, dejaron los platos con la comida que habían traído en la alargada mesa que cruzaba uno de los extremos.

Casi todo el pueblo estaba ya congregado alrededor de un escenario pequeño. Había sillas blancas en torno a la mesa y, aunque la mayoría de la gente estaba de pie, charlando en el centro de la plaza, algunas de los mayores sí habían decidido sentarse.

Katie barrió el lugar con la mirada antes de descubrir que James no estaba allí. Le entraron ganas de echarse a llorar, pero logró disimular fingiendo que se le había metido algo en el ojo; respiró hondo y se convenció de que tendría que seguir adelante sin él, que al final había tomado la decisión por los dos, pensando que lo mejor era que estuviesen separados.

Mientras iban llegando los vecinos y empezaban a cenar, la música estaba a un volumen bajo para que pudiesen hablar entre ellos. Amber, con un plato de papel en la mano, se comió la última croqueta que había cogido y se relamió los dedos; sabía que eran las que hacía la señora Tina, crujientes por fuera y deliciosas por dentro.

—Ahora vuelvo, chicas, voy a buscar más croquetas —dijo.

Luego, se dirigió hacia la mesa de la comida que estaba en el otro extremo de la calle. Buscó entre las docenas de platos que había hasta que encontró el que correspondía a Tina. Sonrió de oreja a oreja, satisfecha, y alargó su tenedor para pinchar la croqueta justo en el mismo instante en el que otro tenedor se clavaba en ella. Amber alzó la mirada y le faltó poco para no ponerse a gritar al ver quién intentaba robarle su cena.

—Suelta la croqueta —exigió cabreada.

Ezra frunció el ceño, pero no movió la mano.

—Suéltala tú. Yo la vi primero.

—¡Es mía! ¿Cuántas te has comido?

—Solo una —contestó Ezra.

—Yo también —aseguró con inocencia.

—Mentira. Te he visto antes comiendo y llenándote los carrillos como una ardilla muerta de hambre. Suelta la croqueta —insistió.

Amber lo miró horrorizada. Intentó no fijarse en sus deslumbrantes ojos azules o en que esa noche era, probablemente, el chico más atractivo de todo el pueblo. Entre croquetas o un tío bueno con un humor de perros, seguía prefiriendo la primera opción.

—¿Así que ahora te dedicas a controlar cada paso que doy? No estarás coladito por mí, ¿verdad? —Se burló, pero lo último que esperaba al hacerlo era que él le sonriese de esa manera tan seductora,



curvando el labio hacia arriba, y que luego diese un pequeño paso hacia ella hasta conseguir que sus cuerpos se tocasen.

—Es posible... —susurró—. ¿Qué harías si de repente decidiese besarte?

Amber boqueó. Boqueó como un pez inútil. Y él aprovechó ese momento para quitarle la croqueta y metérsela en la boca. Masticó con energía delante de sus narices, sonriendo fanfarrón y demostrándole que solo había estado jugando con ella. La chica tuvo que contenerse para no darle un puñetazo en la cara.

—¡Eres... eres...!

—¿Te he dejado sin palabras? —preguntó él.

—¡Eres un gilipollas! —gritó antes de dar media vuelta y volver junto a sus amigas que, hablando entre ellas, no parecían haberse dado cuenta de nada de lo que había ocurrido al otro lado de la plaza.

—¿Estás bien, Amber? —preguntó Katie mirándola con suspicacia.

—Sí, muy bien. Sin croqueta, pero bien.

—¿Qué estás diciendo? —indagó Hollie.

—Nada, nada, déjalo. —Amber cogió aire para calmarse, cosa que consiguió en cuanto se fijó en cómo miraban algunos de los chicos del pueblo a su amiga—. Hollie, estás fantástica con ese vestido. Acabo de ver a Sean tropezándose con el borde de la acera porque no podía apartar los ojos de ti.

—¡No digas tonterías!

—¡Pero si es verdad!

Hollie no dijo nada, pero se abrazó el cuerpo con las manos como si así intentase ocultarse y seguir manteniéndose en las sombras. Pasado un rato, cuando la comida fue desapareciendo de los platos, sirvieron algunas bebidas y la música subió de volumen para que todos pudiesen bailar en la plaza las típicas canciones populares que cualquier persona conocía. Katie no podía dejar de mirar alrededor, esperando ver aparecer por algún sitio a un chico de ojos oscuros y cabello rebelde, pero no había ni rastro de James.

—Iré a por las bebidas —dijo Amber.

—Te acompaño —comentó Katie con la esperanza de seguir recorriendo el perímetro con la mirada. ¿Por qué la evitaba así? *Ojalá pudiese curar todas sus heridas, se dijo. Ojalá pudiese volver atrás y evitar todo lo que sucedió...*

Hollie se quedó esperando a sus amigas entre la gente y, al final, al ver que tardaban más de lo

previsto y no ser una de esas chicas que bailan solas sin importarles lo que piensan los demás, decidió alejarse un poco y se apoyó en una pared cercana. Emitió un suspiro cansado, a pesar de que se lo estaba pasando bien.

—Vaya, ¿quién diría que el patito feo se convertiría en un cisne? —dijo una voz a su lado y Hollie se giró de golpe siguiendo el sonido.

Logan Quinn le dio una calada a su cigarro y luego volvió a mirarla sin disimulo.

Hollie quiso contestar algo hiriente, pero se bloqueó y, de repente, volvió a ser esa niña pequeña con gafas y aparato de la que todos se burlaban. Especialmente, él. Logan. Recordaba perfectamente cada uno de los apelativos *cariñosos* que le había dedicado a lo largo de su vida: *cuatro ojos, empollona, tonta, rarita, estúpida...*

Ella respiró hondo, intranquila.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó Logan, al que parecía divertirle la situación. Su mirada volvió a bajar hasta el escote del vestido rojo—. Bueno, para algunas cosas no hace falta hablar... —susurró.

—Te mataré si te atreves a tocarme —dijo de repente ella, sorprendiéndolo antes de largarse de allí y dejarlo con la palabra en la boca.

Hollie odiaba a Logan Quinn.

Si James había sido el chico de oro del pueblo, Logan destacó por todo lo contrario: meterse en líos, terminar en un reformatorio de menores y hacerles la vida imposible a todos aquellos que se cruzaban en su camino y él no estaba dispuesto a tolerar. Hollie detestaba a la gente como Logan, porque solo sabían hacer daño y estaban vacíos.

Regresó hacia la plaza y se tranquilizó cuando vio a sus amigas a lo lejos. Se acercó y, juntas, las tres pasaron un buen rato bailando, divirtiéndose y tomando alguna copa. Cuando la música bajó de volumen una hora más tarde, protestaron junto a otros vecinos, pero la alcaldesa no cedió y subió al escenario vestida con un impecable traje de chaqueta de dos piezas y un discurso preparado en la mano.

—Queridos amigos, me complace que volvamos a celebrar juntos la inauguración del verano. Como ya es tradición, ha llegado la hora de otorgar los premios anuales por votación del consejo de vecinas que, por cierto, está abierto para todos aquellos que deseen unirse. Sin más preámbulos, este año, el premio al mejor comerciante es para... —Hizo una pausa—. ¡Freddie Troat! Un aplauso para él. Sube aquí, Freddie.

El aludido subió al escenario con una sonrisa y todo el pueblo le dedicó un aplauso ensordecedor. La alcaldesa le colocó una chapa pequeña en la solapa de la chaqueta en honor al premio. Después, leyendo los papeles que llevaba en la mano, hizo subir a la mujer ganadora de ese año en la categoría *más comprometida con el medio ambiente*.

Durante los siguientes diez minutos se otorgaron numerosos premios y el público aplaudió a sus vecinos con orgullo. Ya estaba a punto de terminar, cuando la alcaldesa frunció el ceño antes de continuar leyendo.

—Vaya, veo que hay una nueva categoría —dijo, un poco confundida—. El premio a *la reina del baile de verano* es para... ¡Katie Wilson! Un aplauso para ella.

Pero nadie lo hizo. No hubo aplausos.

Katie dio un paso hacia atrás, pero pronto un pasillo se abrió enfrente de ella entre la gente y notó que la impulsaban hacia delante obligándola a caminar, aunque no deseaba hacerlo. Sin saber cómo, se vio avanzando hacia el escenario. El corazón le latía muy de prisa y sentía todas las miradas sobre ella en medio del silencio sepulcral hasta que, de golpe, una risita se escuchó entre la multitud. Y luego otra más. Y otra. Carcajadas a su alrededor que iban aumentando de volumen entre comentarios como *¡La reina del baile! Pobre ilusa que pensaba que triunfaría en Nueva York o Nunca fue tan guapa, ¿quién le metió esos pájaros en la cabeza?* Katie tenía un nudo tan fuerte en la garganta que ni siquiera podía respirar y sentía que se empezaba a marear...

Hasta que notó una mano fuerte y cálida cogiendo la suya.

Miró a su lado casi sin levantar la cabeza.

James estaba ahí, junto a ella, caminando a su lado hacia el escenario sin soltarla en ningún momento. Las risas se extinguieron tan rápido como habían empezado en cuanto las vecinas del consejo, que seguramente habían pensado que aquello sería una broma de lo más graciosa, se dieron cuenta de que el chico que ellas tanto adoraban e idolatraban no parecía estar de acuerdo con que el gesto fuese muy divertido.

Katie seguía tan bloqueada que fue incapaz de decir nada mientras la alcaldesa le ponía la chapa, con James todavía sosteniéndola de la mano. Nadie habló mientras abandonaban el escenario y, luego, como si nada hubiese ocurrido, la música volvió a sonar tras la entrega de los premios y los vecinos se animaron de nuevo.

Hacia un rato que James había llegado a la plaza cuando escuchó que la alcaldesa decía el nombre de Katie. Él había estado observándola desde lo lejos, preguntándose por qué no podía perdonarla para que los dos intentasen ser felices. Sabía que la quería, era innegable que ella aún despertaba muchos sentimientos en él, pero no deseaba empezar una relación que estuviese manchada por el rencor y destinada a fracasar.

Sin embargo, cuando la había visto delante de todo el pueblo, paralizada ante las risas, James se había sentido como si el corazón se le rompiese otra vez y no había podido evitarse dejarse llevar por su instinto y correr hacia ella. Ahora, Katie estaba respirando a un ritmo desigual, intentando tranquilizarse mientras se limpiaba las mejillas con el dorso de la mano.

—Vamos, cálmate. Son idiotas.

—No, ellas tienen razón —dijo entre sollozos—. ¿Cómo pude pensar que conseguiría lograr algo? Fui una tonta. Me di cuenta incluso antes de llegar a la ciudad, cuando llevábamos poco más de tres horas de camino en el coche...

—¿De qué estás hablando? —preguntó él.

—Ese hombre, el cazatalentos, me dijo que solo conseguiría triunfar si aprendía *ciertas técnicas*. Esas *técnicas* incluían bajarle la bragueta. Cuando me negué, me dejó tirada en una gasolinera y tuve que hacer autostop para llegar a Nueva York. Me gasté casi todos los ahorros en dormir en una pensión durante los primeros días, hasta que encontré un trabajo como camarera y entonces, luego...

—¡Dios mío, Katie! —James se llevó una mano a la cabeza—. ¿SE PUEDE SABER POR QUÉ DEMONIOS NO VOLVISTE ENTONCES?

James no se dio cuenta de que había gritado hasta que notó algunos ojos fijos en ellos, a pesar de que estaban algo apartados de la multitud. Con las pulsaciones descontroladas, cogió a Katie de la mano y diciéndole que tenían que hablar se alejó con ella por las calles del pueblo. Como todos estaban congregados en la plaza, el lugar estaba desierto. Paró de caminar y la miró en mitad de una calle estrecha, bajo la luz de la luna.

—Siento haberte gritado —dijo—. Pero me mata pensar que tuviste que pasar por algo así y que yo no pude hacer nada por remediarlo...

—Entonces... entonces cuando te cuente por qué me marché, te vas a enfadar...

A Katie le temblaba la voz y, por primera vez, estaba llorando delante de él, pero ya no le importaba. Era como si una parte de ella se hubiese rendido. Deseó que James pudiese entenderla, pero lo conocía lo suficiente como para saber que no lo haría. Ella sí podía comprenderlo, a pesar de todo, pero él... eso estaba lejos de ocurrir.

Tenía la mirada brillante y furiosa cuando la soltó.

—Cuéntamelo todo, Katie. Todo. Por favor.

—Ya te lo he dicho. Me dejó en una gasolinera y luego, en Nueva York, intenté valerme por mí misma y buscar algún trabajo como modelo, pero está claro que ese cazatalentos solo me dijo que tenía futuro en el sector porque quería tenerme en su cama. Y no, no logré nada de lo que me había propuesto. Solo conseguí aparecer en un catálogo de ropa de invierno para una marca pequeña, en un anuncio de una revista de un dentífrico y en cuatro tonterías del estilo. Me pasé esos años malviviendo, trabajando de camarera y compartiendo piso con varias personas más porque apenas me daba para mantenerme. Eso me amargó. Nunca fui feliz allí, no recuerdo un solo día en el que pensase que lo era.

James clavó sus ojos en ella en medio de la calle. Le agradecía que le confiase aquello, pero era muy consciente de que no era todo lo que deseaba oír, de que había más.

—Ahora dime por qué te marchaste.

—Ya no importa. Eso... pasó.

—Necesito entenderte. Por favor.

Tal vez porque dijo las palabras mágicas, y porque no había nada más que Katie deseara en el mundo que el hecho de que él la entendiese, al final ella se lo confesó todo.

—Mi padre me pegaba.

—¿Cómo dices? —James tenía la esperanza de no haberla oído bien.

—Me pegaba. Me fui por eso.

—Dime que te estás burlando de mí.

—¡No! —Katie lo miró dolida—. Él era un hombre totalmente consumido por el alcohol y la rabia, ya sabes que desde la muerte de mi madre nunca volvió a ser el mismo. Cuando bebía, a veces, me pegaba. Yo siempre intenté ocultarlo, desde que empezó a hacerlo cuando tenía quince o dieciséis años y su

adicción empeoró. Fingía que estaba enferma para no ir a clase o me ponía ropa de manga larga a pesar de que hacía calor o decía que me había caído —admitió—. Él solo lo hacía cuando había bebido mucho y perdía el control, pero cuando estaba sobrio... entonces lloraba y se arrepentía y me decía que lo sentía muchísimo, que yo era lo único que tenía en el mundo y la chica más bonita ante sus ojos...

—Katie...

James tenía los ojos enrojecidos y la voz rota.

—Quise contártelo, James. También a Amber y a Hollie, pero sobre todo a ti. El problema era que sabía que, si te lo decía, lo denunciarías, si es que no acababas matándolo con tus propias manos. Y mi padre era lo único que tenía. Si no fuese por el alcohol... él habría sido normal, un buen hombre. Pero estaba destrozado y me destrozaba a mí, cada día más, porque sentía que estaba entre la espada y la pared; si lo entregaba, me sentiría mal durante el resto de mi vida, pero si no hacía nada... no podía seguir soportando esa situación, llegar con miedo a casa.

—Así que, cuando ese cazatalentos apareció...

—Sí —lo cortó—. Cuando lo conocí en la cafetería y vino a la mesa para dejarme su tarjeta y decirme que podría ganarme la vida en Nueva York, quise creerlo. Pensé que era mi mejor opción, a pesar del dolor que sentía solo al pensar en tener que dejarte. Era una niña, James. Y me hice ilusiones, me imaginé que triunfaría rápido, ganaría dinero y volvería para estar contigo. Pero hasta que no ocurriese eso, no podía contarte por qué me había marchado. Yo podía pasar por alto lo que mi padre me hacía, porque una parte de mí sentía compasión por él y lo quería, pero sabía que tú no conseguirías controlarte si te contaba la verdad. Así que tomé esa decisión. Si no me despedí de ninguno de vosotros, fue porque si lo hacía era consciente de que no me iría...

James sentía que se ahogaba.

Se llevó una mano al pecho, intentando tranquilizarse, pero la frustración, el dolor y la impotencia se apoderaron de él y no fue capaz de ver más allá.

—¿Cómo pudiste no decírmelo? ¿Cómo pudiste, Katie? —gritó consternado—. ¿Sabes cómo me siento ahora mismo? Morirme dolería menos que ser consciente de lo que estaba ocurriendo y no haber podido hacer nada para evitarlo.

—¡Sabía que no lo entenderías! —Tenía lágrimas en los ojos.

—¡No lo entiendo porque te quería! ¡Porque aún te quiero ahora, joder! No lo entiendo porque tú no tenías que pasar sola por todo eso y porque yo era tu novio y el idiota que no supo ayudarte ni enterarse

de lo que pasaba.

Katie se quedó en silencio mientras la expresión en el rostro de James se llenaba de culpa y desesperación. Alargó la mano hacia él, porque necesitaba tocarlo, pero rehusó el contacto dando un paso atrás. Tenía la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños a cada lado de su cuerpo. Y temblaba por culpa de la rabia contenida, porque ahora James por fin comprendía por qué Katie ni siquiera había acudido al funeral de su padre. Ahora todo tenía sentido, después de tantos años...

Sin embargo, eso no lo calmaba, solo lo hacía sentir peor por no haberse dado cuenta de lo que ella estaba pasando durante aquellos años, por no ser capaz de protegerla...

—James, escúchame —pidió Katie—. Tú fuiste lo mejor de mi vida. De no haber sido por ti, entonces... no quiero ni imaginármelo. Quizá no lo sabías en aquel entonces, pero levantarme cada mañana y saber que estabas a mi lado era lo que me hacía sonreír y seguir hacia delante. Y cuando me marché... fue la decisión más difícil que he tomado jamás. Pero estaba en una encrucijada y pensé que, si tenía suerte, podría regresar en unos meses con dinero y ser independiente para no tener que vivir con él...

Katie dejó de hablar al escuchar unas pisadas cerca. Amber y Hollie aparecieron al principio de la calle y caminaron preocupadas hacia ellos, que estaban casi en el otro extremo, entre las sombras a pesar de que una farola iluminaba los alrededores.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien, Katie? —preguntó Amber.

—Sí, chicas, solo ha sido una broma pesada —contestó refiriéndose a lo que había pasado en medio de la inauguración del baile de verano.

—¡Esas malditas chismosas! —protestó Amber—. Pienso decirles un par de cosas en cuanto me las encuentre en la cafetería. ¿Quiénes se creen que son para hacer algo así? James, ha sido todo un detalle que aparecieses —dijo y entonces se dio cuenta de que su hermano estaba temblando, lleno de furia, y tenía la mirada perdida—. ¿Te encuentras bien? ¿James?

Él no contestó, tan solo se dio la vuelta y se alejó de allí dando grandes zancadas. Las tres lo miraron sin moverse, pero solo una de ellas comprendía su dolor.

James regresó a casa solo y sin dejar de darle vueltas a las palabras de Katie y todo lo que le había confesado esa noche. Cuando llegó, se fue directo a la cocina y cogió una botella de whisky para servirse una copa. Se sentó en la mesa, recordando esos años felices a su lado en los que él jamás imaginó el horror que ella sufriría cuando tuviese que regresar a casa, después de darle un beso de buenas noches. Se bebió una copa de un trago. Siguió recordando. Y siguió bebiendo. Todo lo que había pensado en un primer momento, que Katie era una chica caprichosa que nunca pensaba en los demás y que se había marchado por puro egoísmo, era mentira. Justo al revés. Había pensado demasiado en su padre, un hombre que no se lo merecía, por mucho dolor que le hubiese causado la muerte de su esposa, y, desde su llegada al pueblo, James se había pasado un mes y medio haciéndole la vida imposible, juzgándola porque nunca supo la verdad.

Ahora solo quería beber y olvidar.

Lo hubiese hecho de no ser porque Amber apareció por allí media hora más tarde y antes de que pudiese terminarse toda la botella se la quitó de las manos y la alejó de él.

—Dame eso —pidió de malas maneras.

—No. Mira, no sé qué ha ocurrido entre Katie y tú, pero empiezo a estar harta de esta situación. Ya va siendo hora de que superes que te dejó. Sí, se portó mal, estamos de acuerdo en eso, pero era una cría. Todos hemos madurado desde entonces.

—Amber, cierra la boca —dijo.

Su hermana lo miró sorprendida, porque a ella nunca se había dirigido así, con ese tono de voz tan cortante. A pesar de eso, no se dejó amedrentar y vació el resto de la botella en la pila de la cocina, para fastidio de James. Él terminó resignándose y subió a su habitación. Se dejó caer en la cama y se pasó allí toda la noche, despierto, sin dejar de sentir el peso de la culpa y una sensación de angustia en el estómago. Lo peor era que, además, cuando tendría que haberla abrazado y consolado después de su confesión, lo único que había hecho había sido huir de ella y abandonarla con su dolor.



A la mañana siguiente, cuando se levantó de la cama, apenas había dormido un par de horas. Se duchó y cogió una manzana para desayunar de camino hacia la casa de Katie. Necesitaba verla, hablar con ella y aclarar las cosas. Quería abrazarla y prometerle que él jamás volvería a dejar que nadie le hiciese daño. Pero cuando llegó allí, no había nadie dentro de la casa. James notó que se le encogía el estómago, porque recordaba hacer ese mismo recorrido una mañana de verano, justo a esas mismas horas, solo que, en esa ocasión, un hombre oliendo a alcohol le abrió la puerta y le dijo que Katie se había ido y que no iba a volver. Si en aquel entonces hubiese sabido lo mismo que ahora, le habría dado de puñetazos hasta dejarlo inconsciente.

Asustado, caminó hacia la parte trasera de la casa de invitados y sintió un intenso alivio cuando vio que allí estaba el coche destartalado de Katie.

Eso significaba que no se había ido. Aún.

Y si no estaba en la casa, ni en el rancho ni tampoco en el pueblo porque el coche seguía allí aparcado, ¿a dónde podría haber ido? James supo la respuesta a esa pregunta casi antes de formularse en la cabeza. Sin dudar, se dirigió hacia allí.

Era un día despejado y tranquilo.

La hierba cubría el prado hasta el extremo del río y James no tardó en distinguir la silueta de Katie a lo lejos, dentro del agua que le cubría por el pecho. Llevaba puesto un bikini de color lila, su preferido, y, en cuanto notó su presencia, nadó hacia la orilla del río y salió del agua, escurriéndose el cabello rubio con las manos y despertando en James un deseo inmediato que le costó ignorar.

—Hola —dijo ella con timidez.

James cogió aire. Llevaba toda la mañana pensando en las cosas que quería decirle, pero, de repente, tenía la mente en blanco. Siempre había sido un poco torpe con las palabras, así que caminó despacio hacia ella, muy despacio, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, le acarició la mejilla con suavidad. Katie dejó escapar un suspiro y cerró los ojos apoyando el rostro en la palma de su mano.

—Perdóname —susurró James.

—No, tú no tienes que pedirme perdón.

—Sí. Los dos nos equivocamos. Yo debería haber estado dispuesto a escucharte desde el principio y tú no tendrías que haber pasado por todo esto sola, porque yo era tu novio, tu compañero y tu amigo; merecía estar a su lado.

—Lo siento mucho —sollozó Katie.

James le acarició el labio con el pulgar.

—Quiero besarte, y esta vez de verdad.

Ella contestó haciéndolo.

Se puso de puntillas y lo besó.

Por primera vez desde que tenían diecinueve años, se besaron sin rencor. Los labios de James se apretaron sobre los suyos con suavidad y buscó la manera de volver a conocer cada centímetro de su boca, que sabía a menta. Katie gimió cuando él le acarició el pecho por encima de la tela mojada del biquini y, casi con movimientos autómatas, los dos terminaron tumbados sobre el prado, como tantas otras veces habían hecho años atrás.

—Nunca te olvidé —admitió ella mientras le quitaba la camiseta por la cabeza.

—Yo tampoco. Te odiaba, pero te quería aún más. —Él deshizo el lazo del biquini.

—Dime que no vamos a volver a separarnos.

James se giró para quedar tumbado sobre ella. La besó por todas partes, empezando por sus labios y bajando hasta su ombligo. Luego, se quitó la ropa que aún llevaba puesta.

—Jamás. Te lo juro. Esta vez de verdad —añadió al recordar la promesa que se habían hecho allí mismo antes de que todo ocurriese, el día que sellaron con un beso su destino y se dijeron que estarían juntos para siempre.

*La promesa de un beso, se dijo mientras volvía a besarla.*

Después, se hundió en ella con suavidad y le hizo el amor lentamente y mirándola fijamente a los ojos, como no había hecho durante ninguna de las veces anteriores. Katie se sujetó a sus hombros cuando el placer la sacudió y él se dejó ir con un gruñido. Permanecieron unidos sobre la hierba.

—Ayer no debería haberme ido así —le dijo James al oído pasado un largo minuto en el que su respiración volvió a ser normal—. Lo lamento. Pero me sentía tan culpable...

Katie cogió su mejilla con una mano y lo obligó a mirarla.

—No vuelvas a decir eso. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Ojalá hubiese podido evitarlo...

—No pensemos más en eso.

Se metieron juntos en el río. Sumergidos en el agua cristalina y fría, se abrazaron y se dieron todos los besos que no se habían dado durante esos años de ausencia. Ella se echó a reír cuando él le rozó la

cintura y le hizo cosquillas. James la persiguió por el agua cuando se alejó de él entre carcajadas y mirándola al salir a la orilla, se dio cuenta de que ella seguía siendo la misma chica soñadora y divertida de siempre.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—Estar juntos —respondió él besándole la barbilla.

—Sabes que la gente del pueblo alucinará, ¿verdad?

—Creo que ya alucinaron ayer —dijo sonriendo. Luego, acogió su rostro entre las manos—. Sé que es un poco precipitado, pero ya hemos perdido mucho tiempo.

—Lo sé —admitió.

—Quiero estar contigo. Es lo que siempre quise. Por eso compré ese anillo cuando solo tenía diecinueve años, porque ya en aquel entonces sabía que todo lo que deseaba eras tú. Hay cosas en la vida que tardas una eternidad en descubrir y otras que están ante tus ojos desde siempre.

Katie le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, intentando decirle con ese gesto lo mucho que lo quería. A pesar del daño que ella le había hecho al marcharse, y del dolor que él le había causado a su vuelta... lo quería más que a nadie en el mundo.

—Dejarás esa vieja casa y te vendrás a vivir conmigo.

—James, ¿estás seguro...?

—Sí, después de todo por lo que hemos pasado, de tantos años separados, no quiero pasar ni una sola noche más sin ti. Y hoy vamos a dormir juntos y mañana y pasado...

Katie sonrió lentamente. Era una locura, pero su historia de amor nunca había seguido un esquema fijo y tampoco iban a empezar a hacerlo ahora. Se imaginó su vida allí, junto a James, acostándose cada noche a su lado y teniendo cerca tanto a Amber como a Hollie, y supo que aquello era lo que el mundo solía llamar *felicidad*.

## EPÍLOGO

Katie se rio del comentario que Amber acababa de hacer mientras pinchaba unas hojas de lechuga de su ensalada y se la llevaba a la boca. El domingo tenía el día libre y las tres habían aprovechado la ocasión para irse a cenar juntas en una noche de chicas. Así que se pusieron al día de todo lo que tenían que hablar. Y esa vez, a diferencia de la semana anterior cuando Katie les había confesado por qué se marchó y las tres habían llorado juntas, la conversación sería amena y agradable.

—Odio a Ezra. Y lo peor es que es el único taller del pueblo.

—Seguro que será profesional —opinó Hollie tras limpiarse con la servilleta. Amber les había contado que esa semana tendría que llevar su vehículo a reparar.

—Eso espero, porque mi coche no deja de calentarse —dijo.

—Yo creo que no será lo único que se caliente en ese taller —añadió Katie sonriente.

—¿Qué insinúas? —Amber la miró enfadada.

—Nada, nada. —Miró a Hollie—. Así que, dentro de poco terminas el curso.

—Sí, solo quedan tres semanas y tendré un mes de vacaciones.

Continuaron hablando animadas hasta que la cena terminó y, después, Hollie se despidió de ellas para irse a su casa y Amber y Katie se fueron juntas hacia el rancho.

Una vez dentro, se separaron tras darse un beso en la mejilla de buenas noches. Amber se quedó en la cocina buscando galletas de chocolate, porque estaba muerta de hambre a pesar de que acababa de cenar. Katie, por el contrario, subió al segundo piso.

Cuando entró y no encontró allí a James se entristeció. *Habrá quedado también con unos amigos*, pensó. Se dirigió al armario y cogió su pijama de una de las baldas que él había vaciado para que ella pudiese poner toda su ropa, a pesar de que se había quejado durante días porque, según James, *tenía demasiada*, lo que desde luego no era cierto.

Con el pijama ya puesto, estaba a punto de meterse en la cama cuando James apareció en el dormitorio. Se acababa de duchar y solo llevaba puesta la toalla blanca alrededor de la cintura, lo que a ella le recordó el día que la besó contra la pared por primera vez tras ocho años sin probar sus labios. James

sonrió al verla.

—Vaya, menudo recibimiento —dijo ella.

—Lo que sea por mi chica —bromeó él.

Katie apoyó los codos en la cama y lo miró fijamente mientras James avanzaba hacia ella con pasos lentos. Llevaba ya dos semanas viviendo allí, con él, y habían sido las dos semanas más felices de su vida. Ya no había secretos entre ellos y todo lo que habían tenido seguía ahí, intacto, como si lo hubiesen conservado a pesar de las circunstancias por las que los dos habían tenido que pasar. Viéndolo allí, delante de ella con esos ojos tan intensos que parecían quemarle, supo que jamás se cansaría de tener a ese hombre a su lado. Adoraba verlo despertar, cabalgar a su lado, pasar las mañanas de domingo en el prado junto al río o el mero hecho de estar junto a él, incluso sin hablar, tan solo sintiendo su presencia cerca.

—¿Te has envuelto con una toalla para regalo? —preguntó juguetona.

—Ahora que lo dices, sí. Me gusta eso del regalo. Espero que me desenvuelvas lentamente —replicó divertido—. Pero antes... tengo un regalo de verdad para ti.

James había querido esperar más tiempo para dárselo. Una parte de él volvió a sentirse como ese niño de diecinueve años que a veces corría demasiado, pero la otra parte le dijo que era lo que deseaba y que debía dejarse llevar tan solo por su corazón. Abrió el cajón de su mesita y se sentó en la cama antes de girarse hacia ella y tenderle la pequeña caja de terciopelo de color azul. Quizás no era el momento más increíble, ni estaban cenando bajo la luz de las velas, ni la había invitado a un paseo en yate antes de arrodillarse frente a ella con el mar de fondo... pero eso era lo que siempre habían tenido. Una amistad real y un amor que se hacía más grande con el día a día y la vida que compartían juntos.

—¿Qué es esto, James?

Katie se puso nerviosa y no logró abrir la caja por culpa de la impaciencia que la sacudía, así que él se la quitó de las manos y lo hizo por ella, dejando a la vista un anillo sencillo, con una pequeña piedra de color lila en el centro y la inscripción de sus nombres en el interior.

—Es... es precioso —consiguió decir—. ¿Cuándo lo compraste?

Ella alzó la barbilla para mirarlo a los ojos.

—Hace ocho años —confesó.

—¿Cómo...? No lo entiendo.

—No lo tiré. No pude. Ni tampoco devolverlo. —James se inclinó, la besó y luego se apartó antes de

hablar—: Ya te lo dije, este anillo tenía que ser tuyo o de nadie más.

—No me lo puedo creer... —sollozó.

—Pues hazlo. No te pido que nos casemos mañana, ni pasado, ni al año siguiente. Podemos hacerlo cuando tú quieras, ¿qué importa? Ya estamos juntos. Solo quería dártelo y que supieses que sigue siendo tuyo, siempre lo será.

Katie lo miró con lágrimas en los ojos.

Luego, con las manos temblorosas, dejó que él le pusiese el anillo en el dedo y observó ensimismada la piedra que, como él bien había sabido, era de su color preferido.

Lo abrazó, tirándolo sobre la cama y consiguiendo que James se echase a reír a carcajadas. Recordó que, cuando había llegado a Sound River, él apenas sonreía. Y ahora era un hombre nuevo, feliz. Le dio un beso largo y sentido. Sus cuerpos pronto despertaron ante las caricias del otro y James tuvo que coger aire, anhelante.

—Imagino que eso es un sí —dijo con la mirada brillante.

—Un sí enorme. Inmenso. Colosal.

—Me gusta cómo suena. Ahora, prométemelo.

Y Katie sonrió, porque sabía que él no se habría contentado con cualquier promesa, no, sino solo con *la promesa de un beso*, así que se inclinó otra vez, despacio, rozando sus labios con suavidad hasta que se fundieron en un beso que para ellos fue eterno.

**FIN.**

**Próximamente...**

## **“La distancia entre dos besos”**

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregándose. ¿Será capaz de resistir la tentación?



**Próximamente...**

## **“Solo un beso para encontrarte”**

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?

